

Homenaje a Calderón

*En el segundo centenario
de su muerte*

Córdoba – 1881
Tipografía de
“La Actividad”

INSTITUTO PROVINCIAL DE CORDOBA.



HOMENAGE A CALDERON

EN EL

2.º CENTENARIO DE SU MUERTE.

25 DE MAYO DE 1881.

FACULTAD DE VETERINARIA DE CORDOBA

BIBLIOTECA



Número de mesa 9795

Estante núm. _____

Tabla núm. _____

Número _____

CÓRDOBA.—1881.

TIPOGRAFÍA DE «LA ACTIVIDAD»,

LICEO, 41.

DESEANDO el Claustro de Profesores del Instituto Provincial de Córdoba asociarse al propósito de honrar convenientemente al insigne dramático D. Pedro Calderon de la Barca, acordó por unanimidad en Junta celebrada en 26 de Marzo del presente año dar un voto de confianza al Sr. Director del expresado Establecimiento, para disponer lo que juzgase más digno del buen nombre del Instituto, y á su vez del ilustre vate, gloria de nuestro Parnaso.

El Sr. Director, despues de consultar y escuchar los acertados consejos de las personas más distinguidas y contando con su cooperacion, así como tambien con la de las respetabilísimas corporaciones Provincial y Municipal, y las Academias y Liceos dispuso un certámen literario y escolar, y celebrar honras en la Capilla del Establecimiento.

A su debido tiempo llevóse á efecto el certámen literario anunciado, presentándose diferentes trabajos tanto en prosa como en verso, que oportunamente fueron calificados por el Jurado que se nombró con este objeto.

Del mismo modo tuvo lugar en los dias señalados el certámen escolar por el procedimiento oficial vigente para los premios en las asignaturas y grados.

El 25 de Mayo á las diez de la mañana, con la asistencia del Sr. Gobernador Civil, Diputacion Provincial, Alcalde y Comisiones de los demás centros de enseñanza y sociedades científicas y literarias, se hicieron solemnes honras en la Capilla del Instituto por el eterno descanso del ilustre poeta D. Pedro Calderon de la Barca.

El mismo dia á las nueve de la noche se realizó la adjudicacion de premios á los escritores y alumnos, y además la velada literaria y concierto ofrecido por el Centro filarmónico en los

elegantes y lujosos salones, que con la más esquisita galantería cedió el Círculo de la Amistad; cuyo acto fué presidido por el Sr. Gobernador interino, concurriendo á él igualmente las Autoridades, Corporaciones, Sociedades y lo más selecto de la localidad, demostrando así todos su interés y deseo de tributar al ilustrado vate un homenaje respetuoso y digno.

Y habiéndose acordado perpetuar en un album esta solemnidad, el Excmo. Ayuntamiento, con el mayor gusto, tuvo á bien asociarse á tan laudable pensamiento, concediendo al efecto una honrosa subvencion.

Por el Claustro,
RAMON COBO SAMPEDRO.
Director.

ACTA
DE LA JUNTA DE PROFESORES
HABIDA EL DÍA 24 DE MAYO
PARA
CALIFICAR LAS OBRAS PRESENTADAS EN EL CERTÁMEN CONVOCADO
EN EL
INSTITUTO PROVINCIAL.

En la ciudad de Córdoba á veinte y cuatro de Mayo de mil ochocientos ochenta y uno, reunidos los señores Profesores que suscriben en el despacho del señor Director, previamente citados por el mismo, leyéronse las composiciones recibidas tanto en verso como en prosa, y despues de examinadas detenidamente, se acordó no haber lugar á la adjudicacion de premios respecto de las siete composiciones en verso que optaban al ofrecido por *La Andalucía Médica*.

De las en prosa estimó digna del premio propuesto por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital la que aparece con el lema *Honor virtutis premium*, ó sea análisis y juicio crítico de la obra titulada *El Alcalde de Zalamea*; y con accessit la suscrita con el lema *La honra es prenda del alma y el alma es sólo de Dios*. análisis y juicio crítico sobre la misma obra de Calderon.

Además acordó adjudicar el premio ofrecido por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, á la presentada con el lema *Este es sin duda el verdadero duende*, análisis y juicio crítico de la comedia titulada *La Dama Duende*.—Ramon Cobo Sampedro.—Patricio Palacio.—Juan Maria Moreno Anguita.—Victoriano Rivera Romero.—Rafael Lopez Dieguez.—Jorge Massa Sanguineti.—Manuel Burillo.—Leon Abadías.

Alumnos premiados en el Certámen Escolar.

Concedidos por

PRIMER CURSO DE LATIN Y CASTELLANO.

- | | |
|---------------------------------------|---------------------------------------|
| D. Luis Cuenca y Aparicio | Prof. ^{ts} de este Instituto |
| ▷ Manuel Lucena y Apolo. . . . | Id. |
| ▷ Miguel Rivera y Ruiz. . . . | Excma. Ayuntamiento |
| ▷ Salvador Ballesteros Márquez. . . . | Excma. Diputacion. |
| ▷ Pedro Carnerero y Caballero. . . . | Prof. ^{ts} de este Instituto |

RETÓRICA Y POÉTICA.

- | | |
|-------------------------------------|---------------------|
| D. Luis Maria Conde y Camuñas.. . . | Excma. Diputacion. |
| ▷ Rafael Rodriguez Sanchez. . . . | Excma. Ayuntamiento |
| ▷ Vicente Narbona y Gimenez. . . . | Excma. Diputacion. |
| ▷ Mateo Nogueras Belinchon. . . . | Id. |

GEOGRAFÍA.

- | | |
|---------------------------------------|---------------------|
| D. Manuel Iturralde Sarria. . . . | Excma. Diputacion. |
| ▷ Teodoro Soto Canales. . . . | Excma. Ayuntamiento |
| ▷ Salvador Ballesteros Márquez. . . . | Excma. Diputacion. |
| ▷ Juan Ruiz del Portal. . . . | Excma. Ayuntamiento |

HISTORIA UNIVERSAL.

- | | |
|--------------------------------|--------------------|
| D. Rafael Vazquez Aroca. . . . | Excma. Diputacion. |
|--------------------------------|--------------------|

HISTORIA DE ESPAÑA.

- D. Antonio Paez Valero. Excma. Diputacion.
» Pablo Ballesteros Serrano. Id.
» Rafael Lopez Mora. Id.
» Ramon del Prado Porras. Id.

PSICOLOGÍA, LÓGICA Y ÉTICA.

- D. Juan O. Castro y Valero. Prof.^{ts} de este Instituto
» Antonio Hierro Serrano. Excma. Diputacion.
» José Lopez Serrano. Id.
» Antonio Molina Laguna. Prof.^{ts} de este Instituto
» Isidro de Torres Illescas. Excma. Diputacion.
» Agustín Santiago Fuentes. Id.

ARITMÉTICA Y ÁLGEBRA.

- D. Luis María Conde y Camuñas. Escuela de Bellas Artes

GEOMETRÍA Y TRIGONOMETRÍA.

- D. Alfonso Romero Arnaltes. Escuela de Bellas Artes
» José Rodríguez González. Prof.^{ts} de este Instituto

FÍSICA Y QUÍMICA.

- D. Francisco Granadino y Perez. Prof.^{ts} de este Instituto
» Francisco del Prado Porras. Id.
» Enrique Vazquez del Castillo. Excma. Diputacion.
» Rafael Gimenez Amigo. Excmo. Ayuntamiento

HISTORIA NATURAL.

- D. Agapito Iturralde Sarria. Casino Industrial.
» Francisco Granadino Perez. Prof.^{ts} de este Instituto

FISIOLOGÍA E HIGIENE.

- D. Manuel Calderon y Gutierrez. Excma. Diputacion.
» Rafael Gimenez Amigo. Excmo. Ayuntamiento

AGRICULTURA.

- D. Manuel Calderon y Gutierrez. . . . Casino Industrial.
» Antonio Aparicio Perea. . . . Excma. Diputacion.
» Rafael Gimenez Amigo. . . . Excmo. Ayuntamiento
» Francisco del Prado Porras. . . . Excma. Diputacion.
» Juan Rodriguez Sanchez. . . . Excmo. Ayuntamiento
» Pedro Malato Yuste. . . . Excma. Diputacion.

DIBUJO.

- D. Manuel Ortiz Egea. . . . Casino Industrial.

PREMIO DE GRADO DE BACHILLER.

- D. Francisco Granadino y Perez. . . . Casino Industrial.
» Enrique Vazquez del Castillo. . . . Excma. Diputacion.
» Francisco del Prado Porras. . . . Itre. Coleg. de Abogad^s

DISCURSO PRONUNCIADO

por el Director del Instituto

D. RAMON COBO SAMPEDRO.

AL EMPEZAR LA VELADA LITERARIA

CELEBRADA EN LOS SALONES DEL CÍRCULO DE LA AMISTAD.

SEÑORES:

Si grato fué siempre para mí dirigir la palabra á numerosa á la vez que escogida concurrencia, y en la ilustracion del auditorio disculpa buscar á mi atrevimiento, persuadido de que la indulgencia es patrimonio de almas á quienes preferentemente divino fulgor alumbra y nobleza de sentimientos enaltece, nunca ciertamente he experimentado emociones tan dulces, complacencias tan especialísimas como este momento; nunca en verdad, señores, como ahora, al verme rodeado de lo más selecto en las ciencias, en las letras, en las artes, y si profano en mis labios no os parece, de lo más selecto añadir debo del singularmente bello sexo de esta ciudad insigne, de esta ciudad poética, que muellemente reclinada cual encantadora sílfide entre histórico rio y florida sierra, jardines ostenta por alfombras, por atmósfera ambrosía, mártires por tutelares y arcángeles por custodios.

Y si grato, si honroso fué siempre hablar á escogido auditorio y en su ilustracion y benevolencia inspiracion y confianza encontrar para discurrir fácilmente, ¿qué ha de suceder, señores, cuando favorecido por estas circunstancias, el fondo del asunto además es de suyo grande, interesante y hasta simpático?

Venimos, señores, á rendir justo homenaje al que honra y prez fué de nuestra pátria, al incomparable vate, en cuyo colosal talento se condensó toda la fuerza y toda la energía de una de las más gloriosas etapas de nuestra civilizacion y de nuestra historia, al inmortal poeta, que con pasmosa fantasía idealizar supo nuestras tendencias y nuestras aspiraciones, nuestras creencias y nuestros sentimientos. Venimos á honrar la memoria de D. Pedro Calderon de la Barca.

Dos siglos precisamente hace hoy que perdimos á uno de esos grandes hombres que época forman y formaran en la historia de una nacion cualquiera, sí, ese genio privilegiado, que fiel intérprete de nuestros sentimientos, forma inimitable les dió en el arte literario, y sustrayéndose, sin despreciarlas por completo, á estrañas influencias, como español de ley buscó y encontró originalidad en nuestro propio suelo á pesar de las corrientes contemporáneas, para demostrar que nosotros, que los españoles jamás podemos someternos inconscientemente á otro dominio, y que la independendencia y la verdadera libertad constituyen nuestro modo particular de ser, y una de las inflexibles leyes que rigen y regirán siempre nuestro histórico-social desenvolvimiento.

Dos siglos hace, repito, que lloramos tan irreparable pérdida, y el nombre de tan preclaro vate resuena aun con mágica influencia á través de los tiempos y cual talisman poderoso nos seduce y cautiva. ¿Y tanto vale, señores, Calderon de la Barca? ¿Tanto vale, que como si misterioso resorte nos moviese, todos nos apresuramos á depositar sobre sus frias cenizas funeraria corona, tributo sincero de nuestra admiracion y de nuestro reconocimiento?

Ah! señores, lo que vale, lo que significa Calderon de la Barca no es dable expresarlo á quien como yo carece de dotes para aquilatar su importancia en toda la medida y estension de sus incomparables merecimientos.

Por eso siento, y os lo digo ingénuamente, siento que la fuerza de las circunstancias me obligue á levantar mi humilde voz ante vosotros, para encarecer á tan inspirado vate;

mas en esto como en otras muchas cosas, á que el rigor del destino me arrastra, deciros debo lo del antiguo poeta: «Quien quiera mi entendimiento, búsquelo en mi voluntad.»

Empero, conocedor de vuestra consideracion para conmigo, y haciendo superiores esfuerzos sobre mi pequeñez, os diré cuatro palabras en inauguracion de esta fiesta literaria, y como preámbulo de la adjudicacion de premios á los distinguidos escritores y escolares estudiosos, que han merecido el primer puesto en el honroso certámen abierto con ocasion del presente Centenario.

Señores, es una verdad indiscutible que la literatura ejerce en la sociedad una influencia decisiva; como no lo es menos que la literatura es fiel espejo, reflejo exacto de la vida y modo de ser de cada pueblo.

Y aquí tenéis dos inconcusas verdades que ofrecen al parecer una irresoluble antinomia, á cuya solucion y explicacion eminentes críticos han consagrado su talento, hasta encontrar una fórmula que las sintetize, una fórmula que dé armonía á esas aparentemente opuestas afirmaciones.

La Literatura, señores, como todo arte supone desde luego una actividad; mas no una actividad cualquiera, una actividad comun, una actividad ordinaria; sino una actividad ordenada, arreglada á plan fijo y determinada segun ideas en el lenguaje de los preceptistas. Todo arte, en una palabra, realiza belleza, y la belleza no es un mero concepto subjetivo, al que nada corresponde fuera de nosotros, al que nada corresponde en el órden real.

Las ideas, pues, se imponen en cierto modo á la Literatura: esto es indudable; porque la Literatura como arte es una realizacion, un hecho, siempre expresion y resultado de lo que se siente y se piensa. Por eso se ha dicho con profunda verdad que la historia de los pueblos y de las naciones, de los estados y de los individuos refleja y representa la historia y las evoluciones del pensamiento humano, lo mismo en los individuos que en las grandes colectividades.

Las ideas son ciertamente, según afirma nuestro sabio Obispo, obreras silenciosas; pero obreras infatigables y activas, que preparan y afirman, dirigen y constituyen el movimiento de los hombres y de los pueblos, marcando fielmente sus adelantos y retrocesos, sus conquistas y sus pérdidas en ese gran hecho histórico social, que conocemos con el nombre de civilización.

En prueba de este aserto ahí teneis, señores, esas grandes producciones literarias de las tres edades que suelen asignarse á la humanidad en su movimiento progresivo, en su desenvolvimiento biológico, sí, esas tres grandes epopeyas: la epopeya oriental ó Ramayana; la epopeya clásica ó Iliada y la epopeya cristiana ó Divina Comedia, expresión y trasunto de las tres civilizaciones, que corresponden á la edad de unidad ó prehistórica, á la edad pagana ó naturalista, y á la edad supernaturalista ó cristiana. Es de todo punto imposible que la Literatura pueda sustraerse á las influencias de la época en que vive y se desarrolla: su modo de ser lo toma del modo de ser del pueblo en que radica: su ideal es el ideal de la sociedad en que se desenvuelve: tiene forzosamente que aspirar la atmósfera que le rodea.

Si otros testimonios no hubiera, por sí sola bastaría la literatura calderoniana para persuadirnos de esta verdad. Calderon, señores, tradujo fielmente al arte literario los sentimientos y las aspiraciones del pueblo español en el siglo XVII.

En efecto, tres grandes elementos constituían la base, la esencia diríamos de la sociedad española en este siglo: la fe, el patriotismo y el honor.

Entre los grandes cataclismos que han puesto á riesgo de naufragar el bajel que condujera los destinos sociales, no puede negarse que fué de los más aterradores é imponentes la crisis religiosa y á la vez política del siglo XVI; crisis que conmovió al mundo civilizado, y que haría vacilar la sociedad hasta en sus últimos cimientos.

Pues bien, en España apenas se sintieron sus estragos: aquí fué resuelta esa crisis de la manera más prodigiosa y admirable. Las doctrinas reformistas encontraron valladar inexpugnable en

los Pirineos, y el ambiente corruptor y deletéreo que soplara del Norte, contrareestado fué por los suaves y deliciosos perfumes de las comarcas meridionales, regadas por la sangre de innumerables héroes y vivificadas por los hermosos y resplandecientes rayos del Catolicismo. La radiante y esplendorosa antorcha de la fe, que en nuestro suelo encendieran los discípulos del Divino Maestro, del Mártir del Gólgota, no pudo ser apagada por las impetuosas corrientes de las nuevas doctrinas; antes bien, cada vez más refulgente, iluminó las inteligencias y los corazones, que arrobados y embebecidos en sus celestiales fulgores, despues de pasar por *oscuras noches*, levantábanse al Carmelo de sus esperanzas, en donde abrasados por dulces y consoladoras llamas, llamas de amor vivo, de ese amor que *á vida eterna sabe y toda deuda paga* sumergíanse en los abismos insondables de la Divinidad, para recrearse y gozar de las inefables delicias de una felicidad interminable.

Y á más de creyente, y creyente con una fe pura y acrisolada, la España del siglo XVII fué eminentemente patriótica. En alas de su fe y de su patriotismo, el español de entonces lo mismo desafía á los habitantes de la helada region del Norte, que á los que viven las tierras ecuatoriales. Nada se opondría en su triunfal carrera; y si mil y mil vidas tuviera en sus manos, por su Dios y por su pátria mil vidas una y mil veces sacrificara: que no fué ni será nunca español, señores, el que todo lo que es, todo lo que vale, no lo es, no lo vale por su Dios y por su pátria.

Otro sentimiento además caracterizó á la España de ese siglo, á la España del siglo de que hablamos: el sentimiento de honor, que en su verdadera y genuina acepción es efecto inmediato de la fe, como lo es el patriotismo. El hombre que cree, estima en su justo valor todo cuanto le rodea y á cada cual sabe dar lo que le corresponde, que es en lo que consiste la honradéz propiamente dicha, la honradéz en su más elevado y puro concepto.

La España del siglo XVII con la antorcha de la fe recorrió todas las esferas sociales y jamás quemó incienso, ni servil se

humilló ante los magnates, como jamás dejó de estender su mano caritativa á la miseria y la desgracia. La delicadeza de conciencia é hidalguía de sentimientos forman el corazon de los verdaderos españoles: y no se diga por esto que no hubiera entonces quienes faltasen á su conciencia; pero lo que entonces no sucedió jamás es que el vicio usurpase á sabiendas sus fueros á la virtud, ni que la justicia y la razon, la verdad y el honor estuviesen á merced del que las pagase á mejor precio.

Fe, patriotismo y honor: he aquí el ideal de España en el siglo XVII. Pues bien, Calderon lo realiza, Calderon vaciando ese ideal en el prodigioso molde de su vasto talento artístico, nos lo representa revestido de las formas más seductoras y relumbrantes. Ese ideal tan grande y tan elevado, lo vulgariza por decirlo así, que es el trabajo del poeta dramático, no pudiendo menos de influir en la educacion de los pueblos, mucho más cuando logra el artista imponerse en cierto modo y hacerse dueño por su habilidad técnica de las inteligencias y los corazones, como sucedió en parte al inmortal poeta á quien dedicamos esta fiesta literaria.

Y aquí tenéis la síntesis de esa tésis y de esa antítesis antes sentadas.

Calderon toma el ideal de donde lo toma generalmente el artista, de lo que le rodea: se inspira en el mundo de la realidad; pero recoge la idea, la da vida y forma, infunde en ella puede decirse su esencia, y así modificada nos la ofrece engalanada de todos los encantos de la poesía, para que hiriendo con dulzura las más delicadas fibras del corazon, suavemente le conmueva y seduzca hasta llevarle á la persuasion y someterle por completo á su dominio.

Para esto, señores, se requiere tener gran conocimiento del ideal; más aun, es preciso sentirlo fuertemente? ¿Cómo, señores, podrá dictarse, escribirse un auto de fe, si la incredulidad con sus densas nieblas oscurece la inteligencia y la indiferencia con su glacial ambiente agosta todas las flores del corazon? ¿Cómo, señores, hablar de patriotismo y de honor, á no estar dispuesto

siempre á derramar hasta la última gota de nuestra sangre, hasta no inmolár nuestro ser en aras de la honradéz y de la pátria?

Así sentía, señores, Calderon. Alumbrada su inteligencia por los celestiales fulgores de la fe, con intuición pasmosa penetró en los misteriosos senos de la sociedad en que viviera, sondeó todos los abismos del corazón humano y sin deshojar sus flores, con delicadeza suma en ellas libó las más esquisitas dulzuras, que había de dar á gustar en la dorada copa de su amena literatura. Por eso tradujo al arte, al arte literario, esos sentimientos con una exactitud tan admirable.

Y, prescindiendo por brevedad de los sentimientos del patriotismo y del honor, y fijándome particularmente en el que constituye la esencia puede decirse del arte dramático; en ese que es la fibra más viva del corazón humano; en el sentimiento del amor, gérmen divino y fecundo de todas las acciones del hombre; en ese sentimiento celestial, cuyo solo nombre estremece el alma y no se pronuncia jamás sin experimentar las más suaves y deliciosas emociones, ¿quién como Calderon lo ha presentado con formas tan seductoras, quién lo ha pintado con rasgos más encantadores? Y ¿quién á su vez retrató con tanta suavidad de pincel y galanura de estilo á ese ser misterioso, en cuyo corazón únicamente como en su manantial pueden beberse en toda su pureza las aguas purísimas de ese hermosísimo sentimiento? Quién dibujó, señores, con formas más atractivas á ese ser que no vive sino para amar, á ese ser que Dios regaló al hombre en el día de la inocencia, para embellecer con sus encantos el árido desierto de la vida, sí, señores, quien retrató mejor á la muger?

Para Calderon, no es la muger deleznable instrumento de vergonzosas pasiones: su corazón atesora joyas de valor inestimable, que no han menester sino un fiel depositario: su hermosura ha de ser hermosura con alma: su hermosura es la misma honestidad: su hermosura es el pudor, el pudor, señores que en las mejillas de la muger es un atractivo que seduce y encanta, es un aroma que embelesa y fascina.

Así se comprende toda la grandeza, toda la importan-

cia de la dramática de Calderon y por qué no muere nunca, sino que renace á través de los tiempos cada vez más hermosa y seductora. Ah! señores, la obra artística, digan lo que quieran los partidarios de la independencia absoluta del arte, no produce efectos exclusivamente estéticos: es absurdo suponer que el público, que el espectador se mantiene de todo punto desinteresado con respecto al valor del contenido y solo percibe la armonía de los elementos.

Los que habeis presenciado, señores, esas modernas producciones que hoy estan en boga en nuestro teatro, *El Gran Galeoto* por ejemplo, ó *El Nudo Gordiano*, decid si os detuvísteis en sus maravillosas formas artísticas, en su correcto estilo y versificación sorprendente, en su elegancia de frase y cultura de lenguaje ¿Y si aun vosotros, por el gran dominio de vuestra razon sobre vuestro corazon, pudísteis deteneros en los umbrales, os figurais acaso que á todos es dable ese dominio? Creéis por ventura que el público de nuestro teatro ha de poder sobreponerse á las impresiones, á los instintos y movimientos del corazon, que busca con avidéz y singular curiosidad el fondo que se oculta tras de la forma; que los espectadores son ángeles impecables en quienes no haran mella esas incertidumbres y vaguedades en que se suele dejar allí el amor conyugal, y la fidelidad del matrimonio, y la inocencia en general de seres, que valen cuanto valor se le diere, y que han de aceptarse al cabo en el precio en que se les estime?

Siento, señores, haberos distraido en estas consideraciones crítico-literarias para deducir de ellas que esta festividad es el reflejo de cierta reaccion que se anuncia en el terreno artístico hacia el verdadero clasicismo español y que ella ha de ejercer resultados importantísimos en nuestra sociedad, y en el porvenir de nuestra pátria, que se distinguió siempre por su espíritu altamente literario, cuyo espíritu literario crece y se desarrolla de dia en dia. Lo que facilmente podreis apreciar por la ligera reseña que voy á hacer para concluir del certámen que habíamos convocado.

Deseando que Córdoba figurase en esa ovacion nacional que hoy se tributa al eminente principe de nuestra dramática, abrióse

concurso literario y escolar, ofreciendo galantemente premios las Corporaciones Provincial y Municipal, Escuelas y Academias, Liceos, Colegios y Revistas de la localidad.

Favorecidos hemos sido, señores, con varias composiciones tanto en prosa como en verso, testimonio ineludible del espíritu literario de nuestra época y del interés con que se aceptan estas lides de la inteligencia. Sin embargo desierto han quedado algunos temas, sin duda por la multitud de concursos abiertos con idéntico objeto; pero satisfacción caberos puede indudablemente en este punto, y con seguridad la tendreis también vosotros, si os fijais en las tres composiciones que el Jurado ha considerado dignas de premio.

Figura en primer término según el orden del certamen un análisis y juicio crítico sobre la obra de Calderon *El Alcalde de Zalamea*, suscrito con el lema *Honor virtutis præmium*, en la que su autor con acertado criterio desenvuelve el argumento de esa gran obra artística, haciendo notar los rasgos eminentemente dramáticos de tan admirable producción literaria á la vez que su fondo altamente moral y filosófico.

Juega pareja con este juicio crítico otro sobre la misma obra que se ha premiado con *accesit* y que aparece suscrito con el siguiente lema: *La honra es prenda del alma y el alma solo es de Dios*; si bien en esta el análisis domina y oscurece á la crítica que se presenta algo más débil y menos circunstanciada.

Hay además otro análisis y juicio crítico sobre *La Dama Duende*, que el autor suscribe con el lema: *Este es sin duda el verdadero duende*, y el que es sin duda verdadero é ingenioso trabajo por su carácter y estilo dramático-filosófico-crítico, que acredita especial habilidad y discreción en su autor, y su aptitud para producciones de esta índole.

Tal es en resumen lo que el Jurado opina de estas composiciones, cuya lectura os hará saborear sus bellezas literarias, sintiendo no haber podido emitir sobre las demás juicio favorable, aunque reconoce los laudables deseos de sus autores.

El Claustro del Instituto de Córdoba, interpretando los sen-

timientos del pueblo español en este día, tiene la honra de consagrar este recuerdo en union de las dignísimas Autoridades, Corporaciones, Sociedades y distinguidas personas de Córdoba que nos favorecen con su asistencia, cuya cooperacion interesara y no puede menos de reconocer en este momento en todo lo que vale, al que puso en nuestra historia una de las más gloriosas páginas, al inmortal dramático D. Pedro Calderon de la Barca.

HE DICHO.

DISCURSO PRONUNCIADO

por el Sr. Gobernador interino

D. ALVARO GARCIA CEÑAL, AL TERMINAR LA VELADA LITERARIA.

SEÑORES:

La circunstancia de hallarme encargado accidentalmente del mando de la provincia, me proporciona la honra de presidir este festival dedicado al talento y al genio.

No hay nada á quien nuestra sociedad rinda mayor culto de admiracion y de entusiasmo, porque el genio y el talento son los objetos que considera mas nobles, mas elevados y mas dignos de fijar la general atencion y porque el talento y el genio son como una especie de divinidades á quienes consagra ardoroso culto; así es que la juventud estudiosa de Córdoba, de España y del mundo entero se sentirá penetrada de ese mágico impulso que alienta á los hombres superiores y les guia al templo de la inmortalidad.

Calderon, la gran figura de nuestro Parnaso, el genio caballeresco que entre curiosas aventuras, amores y galanteos saca incólume y salvo el honor, eterno ideal de los españoles, Calderon, gloria de propios, envidia de extraños, y admiracion de unos y otros, que enseña y deleita en sus magistrales cuadros, que hace ver la vanidad de las cosas humanas en la *Vida es sueño*, y la altivez del carácter español en el *Alcalde de Zalamea*, Calderon cuyos pensamientos se asimilan los mas ilustres poetas extranjeros como Goethe en el *Fausto*, Calderon es el objeto de estas fiestas. ¡Gloria, pues, á Calderon por quien España es hoy la primer nacion del mundo!

Los destellos de su ingenio congregan en este día á sus mas insignes poetas y á los mas renombrados escritores, y todos forman dedicado empeño de quemar incienso en aras de esta deidad poética que desde el Rhim á el Guadalete avasalla todas las inteligencias é impera en todos los corazones, y ávidos de esgrimir las armas intelectuales han concurrido á este honroso palenque, demostrando cuán eficaz es el estímulo que hoy aguza y aviva su entendimiento y enciende sus voluntades.

¿Y qué diré de esos estudiosos alumnos, genuina representación del porvenir de Córdoba y de España? Ellos han demostrado elocuentemente en actos académicos su laudable aplicación, su admirable aptitud para el estudio de las Ciencias y las Letras. En ellos debemos ver el gérmen de nuestra futura grandeza. En ellos vemos nacer, crecer, desarrollarse los fecundos elementos que han de dar días de gloria y de prosperidad á nuestra nación, que ya marcha presurosa por la senda de los progresos científicos y de los adelantos morales. ¡No desmayeis, jóvenes! El porvenir pertenece á esa juventud estudiosa, que llena de vigor y de vida se prepara á sondear los misteriosos abismos de la inteligencia.

Réstame solo, y para concluir, dar un voto de gracias al dignísimo Claustro del Instituto de Córdoba, que sin perdonar medio ni sacrificio alguno, ha conseguido presentar esta fiesta con la brillantez que requería su elevado objeto; á la Junta Directiva de esta culta Sociedad, que á la vez que ha hecho suyo el pensamiento, le ha prestado todos los elementos que pudieran contribuir á su mayor esplendor y suntuosidad; á las bellas reunidas en este local que con sus encantos y atractivos consiguen dar mayor pompa á este festival, siendo las flores encantadoras que perfuman el templo consagrado al genio por la ilustración de nuestras costumbres; á toda la distinguida y culta sociedad á quien reúne en este recinto su acendrado amor á las letras y progresos nacionales, y á S. M. el Rey, solícito siempre en atender con mano generosa á todo lo que pueda contribuir á la mayor prosperidad y grandeza de nuestra nación.

HE DICHO.

JUICIO CRÍTICO
DE LA OBRA DEL INSIGNE
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA
TITULADA
EL ALCALDE DE ZALAMEA. (*)

Honor virtutis premium.

Privilegio especial es de los genios vivir eternamente en la memoria de los hombres. La vivísima y clara luz de su prodigioso talento ilumina todos los ámbitos de la tierra. Aromáticas flores de eterna primavera derraman en todos los pueblos su celestial fragancia. Su admirable sabiduría, y su fé ardiente y pura alumbran las regiones del espíritu con los resplandores de la ciencia, y elevan el corazón á la mansion divina del bien y de la felicidad.

Corre en la historia el impetuoso torrente de los siglos; y, aunque todo pasa, todo desaparece, todo muere, el Genio siempre vive y vivirá, mientras los hombres piensen y sientan, si los hombres sienten y piensan con arreglo á los inpercederos principios de la conciencia y de la razón.

Grabados estan con caracteres de oro en el sagrado templo de la fama los ilustres y esclarecidos nombres de Newton y Leibniz, de Sócrates y Séneca, de Homero y de Virgilio, de Ciceron y Demóstenes, de Rafael y Murillo, de Sto. Tomás, S. Agustín.

(*) Composición premiada con una «rosa de oro» en el Certamen público convocado por el Claustro del Instituto de Córdoba para el 25 de Mayo de 1881.

Sta. Teresa de Jesus, Fr. Luis de Leon y de Granada..... y otros grandes y preclaros ingenios; brillando en el privilegiado altar de la literatura española Miguel de Cervantes Saavedra y el héroe de esta fiesta D. Pedro Calderon.

Honor y gloria al insigne vate madrileño, honra de España, y orgullo de su siglo, cuyo grato recuerdo celebramos hoy, poseídos del mayor entusiasmo y en evidente prueba de nuestro respeto y admiración!

Córdoba, madre de la poesía ¿cómo callar en tan solemne momento? La patria de Céspedes y Góngora, de Mena y de Lucano no podía permanecer indiferente en presencia de un acontecimiento nacional, en elogio de Calderon, príncipe de la literatura dramática. En el florón preciado que hoy ofrecen los pueblos al mas ingenioso de los poetas, no podía faltar un nacarado jazmin de la poética sultana.

A tan noble propósito dirigimos estas humildes líneas que, débiles en sí, son grandes, como grande es la voluntad que nos anima, y como grande es el amor que profesamos á un autor tan admirable.

Al hablar de D. Pedro Calderon de la Barca se ofusca la imaginacion, se detiene la pluma y la inteligencia no acierta á detenerse, temerosa de empañar el purísimo espejo que representa la gloriosa imagen de un poeta tan grande.

Caballero, soldado y sacerdote, refleja en su personalidad el honor, la fidelidad y la fé, gloriosos timbres de aquella época, y purísimas fuentes donde bebiera la inspiracion que se revela en sus inmortales obras.

Génio fecundo y de facilísima espresion, escribió en todos géneros; si bien se distinguió en las concepciones profundas, y de elevado tono, á cuya clase pertenece *El Alcalde de Zalamea*, objeto de nuestro estudio.

Tal composicion encierra un elevado y noble pensamiento, poéticamente expresado, cuyo fin es enaltecer toda la nobleza é hidalguía del caballeroso pueblo español.

El fondo, pues, del *Alcalde de Zalamea* es eminentemente

moral y filosófico, si filosófica y moral es la enseñanza de la caballeridad y de la nobleza.

Nada, en efecto, engrandece al hombre como el honor, si por honor se entiende la inapreciable virtud que, fundada en el verdadero conocimiento de nuestra propia dignidad, jamás consiente que esta sea empañada por nada ni por nadie. El hombre honrado que seguro del mas exacto cumplimiento de todos sus deberes humanos y sociales vive tranquilo en su conciencia y satisfecho en su corazon, eleva, en todo caso, su serena frente, arrostra valeroso los embates del mundo, y, seguro en el bien, desafía á todas horas á los sectarios péfidos de la perversidad y del error.

Tanto mas vale un hombre, cuanto mas resplandece la inapreciable prenda de su honor.

Para la manifestacion de tan importante fondo se valió Don Pedro Calderon de una bellísima forma eminentemente concebida, admirablemente desarrollada, purísimamente escrita, y de un efecto dramático maravilloso y sorprendente.

Pasemos la vista por tan poético cuadro, presentado bajo la forma de la representacion.

En Zalamea, pequeño pueblo de Estremadura, vivia Pedro Crespo, honrado, viejo y rico labrador, el cual era dichoso en sus faenas de campo, y con el justo aprecio de sus vecinos, que estimaban, en lo que valia, el noble carácter de nuestro protagonista. Endulzaban los naturales achaques de la vejez, su hijo Juan y su hija Isabel, modelo de candor y de hermosura pintada con la mayor gracia en estas alegorías.

Deidad hermosa y bella
á cuyo cielo no empañan
los vapores de la tierra....

Avisado D. Mendo de que Isabel se habia asomado á la ventana, dice:

Dí que por el bello oriente
coronado de diamantes,
reproduciéndose el sol,
amanece por la tarde.

Y sigamos la historia. El Rey Felipe II pasaba á Portugal, y una compañía de la vanguardia capitaneada por D. Alvaro de Alcaide, vino á alojarse en Zalamea. Este altanero y orgulloso Capitan se enamora furiosamente de Isabel; pero nuestra bella y juiciosa aldeana, desatiende, como debia, la pretension de Don Alvaro. Este, despechado, y creyéndose altamente ofendido en los desaires que sufriera, se queja con el sargento de su amor, que no es amor solo

que es tema, que es ira, es rabia.

El sargento procura apartarlo de aquellas ideas fatídicas, diciéndole que dentro de pocas horas habian de salir de aquel lugar; pero el Capitan contesta:

En un día el sol alumbra
y falta; en un día se trueca
un reino todo; en un día
es edificio una peña;
en un día una batalla
pérdida y victoria ostenta;
en un día tiene el mar
calma y borrasca deshecha;
en un día nace un hombre
y muere.

De una sola vez á incendio
crece la leve pavesa;
de una vez sola un abismo
sulfúreo volcan revienta;
de una vez el rayo abate
la erguida torre soberbia.

En tan violenta actitud persiste por algun tiempo, hasta que concibe la criminal idea de robar al ídolo de esta desastrosa pasion.

A tan horroroso fin logra sobornar á una criada, y se pone de acuerdo con unos soldados, para poner en práctica tan perverso pensamiento.

Era una serena y calurosa noche del estío. Los blancos rayos de la luna herian oblicuamente las tapias del lugar.

Pedro Crespo, Isabel é Inés, su prima, sentados en la puerta de la casa, disfrutaban el fresco de la noche, presenciando á la vez el natural bullicio y animacion de la tropa, que, por orden superior, abandonaba á Zalamea.

Ya avanzada la hora, se levantan para recojerse cuando ¡oh terrible sorpresa! el malvado Capitan y sus cómplices se arrojan sobre ellos; Isabel es arrebatada en brazos de D. Alvaro, Pedro Crespo detenido por los soldados y amenazado de muerte dice lleno de amargura:

Que importará, si está muerto
mi honor, el quedar yo vivo.

Los soldados salen en busca del Capitan al monte convenido.

Repuesto Pedro Crespo, coje una espada, y corre presuroso en pos de su hija, y de su honra; pero visto por los soldados, le detienen, le hieren, y le amarran á una encina.

¡Situacion eminentemente trágica digna de la sublime inspiracion de tan distinguido maestro!

Un accidente oportuno y muy bien convinado hace que Juan oiga los lamentos de una muger, y los tristes gemidos de un hombre; y segun opinion bien fundada de aquellos caballeros se decide por socorrer á la muger, en la que reconoce á su hermana. Lucha desesperadamente con el infame Capitan, logra herirle, y la Isabel escapa por aquellas breñas. Esta en su huida se encuentra con su desolado padre.

¡Paso escénico propio de la mas horrorosa tragedia!

El afligido padre, terriblemente emocionado, pide á su desventurada hija que le desate; pero Isabel, temiendo que su padre se vengara en ella, creyéndola culpable, no se atreve á soltarle, hasta contarle su desgracia, que concluye con estas espresivas palabras:

Solo en mí la voluntad,
Señor, no quedó vencida;
que en esto el cielo piadoso
me sacó de tanta ruina,
sin que la afrenta del cuerpo
al alma fuera estensiva.

Nuestro buen Crespo replica á su hija, con el corazón partido de dolor, y procurando consolarla:

Estos sucesos crueles,
estas desgracias impías
para los hombres se hicieron;
y es menester que se impriman,
con valor, dentro del alma.
Huyamos de aquí, hija mía.

El Consejo en aquellos momentos acababa de nombrar á Pedro Crespo Alcalde de aquel pueblo. Un escribano le notifica el acuerdo, poniendo á la vez en su conocimiento que el Rey llegaba aquel día á Zalamea, y que el Capitán Alcaide se encontraba herido en una casa del lugar.

Crespo reanima su abatido espíritu, y en medio de multitud de ideas, que juntas y contrarias bullen en su imaginación apasionada y confundida, toma posesión de la vara y esclama con valentía:

Ya teneis el padre Alcalde,
El os guardará justicia.

Este pasaje es el más crítico de la obra. En estos momentos precisos se encuentra el mayor interés de toda la representación.

En el honrado pecho de nuestro buen labrador se disputan el triunfo los más humanos y dulces sentimientos y las pasiones más borrascosas y crueles; pero en Crespo no era dudosa la decisión. Noble por naturaleza, tenía que obrar noblemente.

Confiado, pues, en la justicia de la causa que se proponía defender, manda cercar la casa en que se curaba el malvado Capitán, é intímale, en nombre de la autoridad que representa, á una diligencia precisa, ordenando al propio tiempo, que todos salgan de la habitación.

Ya á solas con D. Alvaro, dice Crespo:

Ya que yo, como justicia
me valí de su respeto
para obligaros á oirme,
la vara á esta parte dejo; (*suelta la vara*)
y como un hombre no mas
deciros mis penas quiero.

Y, puesto que estamos solos,
Señor D. Alvaro, hablemos
en sano juicio los dos;
sin que tantos sentimientos
como viven encerrados
en las cárceles del pecho
quebranten impetuosos
las prisiones del silencio.

.
Si es muy hermosa mi hija
dígadlo vuestros estremos;
aunque pudiera, al decirlo
con mayores sentimientos
llorarlo, porque esto fué
mi desdicha. No apuremos
toda la ponzoña al vaso;
quédese algo al sufrimiento.
No hemos de dejar, Señor,
salirse con todo al tiempo;
algo hemos de hacer nosotros
para enmendar sus defectos.
Este, ya veis, si es bien grande,
pues aunque quiera no puedo
encubrirlo.

Restaurad una opinion
que me habeis quitado.....

Mirad
que á vuestros pies os lo ruego

llorando. Mirad que soy
padre, y ofendido, y viejo.
Que os pido? Un honor os pido
que me quitásteis vos mismo;
y con ser mio parece
segun os lo estoy pidiendo
con humildad, que no es mio
lo que os pido, sino vuestro.

CAPITAN.. . . . Basta;
ya me falta el sufrimiento.
Viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte á mis manos hoy.

CRESPO.... Qué en fin, ¿no os mueve mi llanto?
.
Mirad que echado en el suelo
mi honor á voces os pido.

CAPITAN.. Caduco y cansado viejo,

CRESPO.... No hay mas remedio?

CAPITAN.. . . . Callar
es el mejor para vos.

CRESPO.... Pues juro á Dios
que me la habeis de pagar.

De tal manera espresó nuestro labrador los sentimientos purísimos que abrigara en su noble corazón.

De tal modo manifestó D. Alvaro cuánto puede en el hombre la superioridad en posición, cuando el hombre desconoce, en su malvado instinto, cuanto vale la virtud.

La providencia, empero, todo lo pesa con justa medida.

Dios todo lo vé, todo lo sabe, todo lo premia y todo lo castiga.

Por último, y como resultado de la fatal entrevista, Pedro Crespo, poseido de la mas santa indignacion hácia un ser tan monstruoso y despiadado, y colocándose su honor sobre todas las consideraciones humanas y sociales, manda prender al Capitan. Este se resiste oponiendo su fuero, pero nuestro decidido Alcalde no presta oído á sus reclamaciones, y ordena con la mayor energía que le lleven á la cárcel, y le despojen de la espada.

CAPITAN.. Tratad con respeto.

CRESPO.... Eso

está muy puesto en razon.
Con respeto le llevad
á la cárcel, en efeto
del Consejo, y con respeto
un par de grillos le echad,
y una cadena; y tened,
con respeto, gran cuidado
que no hable á ningun soldado;
y á esos dos, tambien poned
en la cárcel, que es razon;
y aparte, porque despues
con respeto, á todos tres
les tómen la confesion.
Y aquí, para entre los dos,
si hallo harto paño, en efeto,
con muchísimo respeto,
os he de ahorcar, juro á Dios.

Refinado sarcasmo, tan justamente merecido, como gráfica expresion del mas decidido propósito de vengar la mayor de las injurias.

D. Lope de Figueroa, General de la division en que figuraba D. Alvaro, llega á saber la prision de este, decretada por un Alcalde; y lleno de furor, al considerar conculcados los fueros de la milicia, viene inmediatamente á Zalamea, y en la actitud mas violenta y amenazadora, pide la escarcelacion del Capitan. Pe-

dro Crespo resiste, y trata de justificar su medida; pero D. Lope enfurecido le dice:

Sabeis, vive Dios, que es

Capitan?

CRESPO.... Si, vive Dios;
y aunque fuera el General
en tocando á mi opinion,
le matara.

D. LOPE.. A quien tocara
ni aun al soldado menor
solo un pelo de la ropa,
viven los cielos, que yo
le ahorcara.

CRESPO... A quien se atreviera
á un átomo de mi honor,
viven los cielos tambien,
que tambien le ahorcara yo.

D. LOPE.. ¿Sabeis que estais obligado
á sufrir, por ser quien sois
estas cargas?

CRESPO.... Con mi hacienda;
pero con mi fama, no.
Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma solo es de Dios.

. , . . .
.

¿Vos sabeis como atrevido
robó en un monte mi honor?

D. LOPE.. Que os entraís, es bien arguya
en otra jurisdiccion.

CRESPO.... El se me entró en mi opinion
sin ser jurisdiccion suya.

D. LOPE.. Yo sabré satisfacer;

obligándome á la paga.

CRESPO.... Jamás pedí á nadie que haga lo que yo me puedo hacer.

D. LOPE.. . . . Iré por él yo mismo.

CRESPO.... No os embarazo el ir; solo sí repare que hay orden que al que llegare le den un arcabuzazo.

.
.

D. LOPE.. Pues, vive Dios, que he de ver si me dan el preso ó no.

CRESPO.... Pues, vive Dios, que antes yo haré lo que se ha de hacer.

D. Lope y el Alcalde dan las mas terminantes órdenes de desolacion y esterminio. Entre el pueblo y los soldados reina la mayor consternacion.

SOLDADOS Mueran aquestos villanos.

CRESPO..... Que mueran? pues qué. No hay mas?

Ya estaba próxima una sangrienta escena, cuando se presenta el Rey. Enterado de cuanto ocurre pregunta á Crespo qué ha hecho del Capitan. Nuestro Alcalde le dice que, despues de un proceso, bien probado, ha ordenado que le ahorquen.

REY..... Qué ha sido?

CRESPO.... Una doncella robar, y deshonrarla en un monte, y no quererse casar con ella, habiendo su padre rogádole con la paz.

.
.

Miren si tiene la causa algun error, ó maldad, si he inducido algun testigo,

si está escrito algo demás
de lo que digo, y entonces
me den muerte.

REY.....

Bien está

sentenciado.

Aprobada por el Rey la ejecucion del Capitan, nombra á Pedro Crespo Alcalde perpétuo de Zalamea.

Isabel fué á un convento.

Tal es en resúmen, *El Alcalde de Zalamea*, representacion dramática de gran estimacion y mérito, en cuya admirable trama desplegó Calderon todas las galas de su portentoso ingenio, y luce su imaginacion inagotable en la eleccion y bellísima pintura de los incidentes, que contribuyen á la galanura y sublímidad de la composicion, como las diferentes flores de un jardin prestan su color variado y su fragancia al embelezador efecto del mas hermoso Paraiso.

El Alcalde de Zalamea, es una acabada obra de arte, es una riquísima joya literaria.

Distínguese en ella el estilo mas noble y elevado cual corresponde al asunto, que es esencialmente trágico.

El diálogo sencillo, natural y fácil.

El lenguaje puro, correcto, urbano y siempre conveniente.

Los caracteres propios, y, en todo caso, bien sostenidos.

La versificacion rotunda, dulce y cadenciosa, como los agradables acordes de una inspiracion musical.

La distribucion en tres jornadas la mas aparente y propia para la manifestacion de todo el pensamiento.

Las escenas con arreglo á la crítica mas exigente.

La unidad de la accion deslumbra tanto, y entretiene con tan agradable interés, que el espectador no se dá cuenta de si se observan ó no la de lugar y tiempo, que son sin duda de una importancia secundaria. Dicho sea esto con perdon de los rigoristas.

En las composiciones poéticas todo puede sacrificarse á la mayor belleza.

Ahora bien; ¿tiene algunos defectos *El Alcalde de Zalamea*?

En nuestra humilde opinion adolece de algunas faltas, que, si bien siempre se dispensan al Genio, deben, no obstante notarse, para la mas completa enseñanza.

La inocente y virtuosa Isabel no encuentra el premio que corresponde á su sacrificio. Este es un defecto moral de no escasa importancia. Si el desenlace fuera feliz, bien por la poderosa intervencion del Rey, bien por el arrepentimiento, ó bien por otro medio cualquiera, tan fácil de encontrar, en quien tan fácilmente inventaba, no quedaria huérfana la virtud, y la desventurada doncella que tan vivas simpatías inspira, ostentaria, cual se merece, la inapreciable corona de su honor, justamente conquistado.

El desenlace feliz, por otra parte, atenuaria bastante el subido color de la mas horrible venganza, que rayando en crueldad, no se acomoda verosímilmente con el dulcísimo y honrado carácter de nuestro buen Alcalde.

La ejecucion violenta de D. Alvaro eclipsa en gran parte la nobleza del labrador.

Si el triunfo de Isabel acompañara á la victoria honrosa de su enérgico padre, el efecto final seria, sin duda, mucho mas agradable y deleitoso. El público quedaria completamente satisfecho. La moral se habia salvado.

El convento, pues, no nos parece justa recompensa para una honrada doncella infamemente ultrajada en lo mas sagrado de su ser. Determinadas manchas solo pueden borrarse de una manera determinada.

La soledad del Claustro apaga los remordimientos con la mas austera penitencia. El Claustro para Isabel pudo ser bien un forzoso castigo.

En el teatro no buscamos santos. La Isabel de Calderon es una mártir.

Además el interesante y simpático papel de nuestra bella aldeana pudiera haber amenizado el curso de la accion, presentándola mas al público. Solo la conocemos para llorar con ella. Casi puede decirse que solo la vemos en el oscuro monte, en que se labrara su deshonra. Si apareciera, cual corresponde al impor

tante lugar que ocupa, el movimiento escénico seria mas variado y agradable, y la accion se desenvolvería con mayor interés y animacion.

Aparte de esto, solo tenemos que oponer, la pesadéz en la relacion, el demasiado lujo de imágenes y la impropiedad en la expresion de los afectos; cede, pues, con frecuencia al veleidoso imperio de la fantasia el efecto mágico de los mas apasionados sentimientos, y describe con el mayor detenimiento ciertos interesantísimos pasages que no admiten descripcion. El lenguaje del corazon es casi mudo. Bien lo debió comprender quien tan profundamente sentia. Debíó, pues, Calderon, ceder seguramente á los gustos de su tiempo, pagado mas de las apariencias fantásticas que de las formas lacónicas, propias y expresivas, con que siempre se manifiesta el apasionado corazon.

Y llegamos al fin de nuestro pobre trabajo.

Hemos analizado, en conjunto, *El Alcalde de Zalamea*, y de su estudio deducimos: 1.º que es un notable poema tan admirablemente escrito, que si Calderon no hubiera presentado otras obras, esta sola bastaria para coronar su triunfo, y justificaria sobradamente esta fiesta nacional: 2.º *El Alcalde de Zalamea* es un monumento artístico, donde se conserva en su mayor pureza, y se defiende con arrogancia y bizarría el pundonor y proverbial nobleza del pueblo español: y 3.º que, en tan sublime creacion se asientan con la mayor firmeza los sólidos fundamentos del verdadero honor; ora ridiculizando la estravagante y cómica figura de D. Mendo, ora poniendo en evidencia el desmedido orgullo y presuntuosa altanería del Capitan, ora presentando como modelos á unos humildes labradores que en todas ocasiones lucen su fama y su virtud.

Cuando pregunta el Capitan.

Qué opinion tiene un villano?

Contesta Juan con valentía:

Aquella misma que vos;
que no hubiera un Capitan
si no hubiera un labrador.

Instigado Pedro Crespo para que compre una ejecutoria, contesta lleno de fé:

Y que dirán? Que soy noble
por cinco ó seis mil reales; .
y eso es dinero, no es honra,
que honra no la compra nadie.
. porque el honor
es patrimonio del alma
y el alma solo es de Dios.

He concluido; no soltaré, sin embargo la pluma, sin dedicar merecidas frases de alabanza á los que han iniciado y llevado á efecto esta fiesta nacional. Nada en efecto es mas digno de justísimo elogio que colocar palmas y coronas en la tumba maravillosa del mas grande de los ingenios. Nada tan honroso para los españoles como el esclarecido nombre de nuestra querida España, y nadie como Calderon puede ostentar con merecido orgullo el símbolo de nuestra fama.

Insigne filósofo como Horacio, dulcísimo cantor como Homero, agudo en la sentencia como Virgilio, religioso como Dante, siempre inspirado como Rosini y Murillo, dispó con la potente magia de su pluma las nubes que empañaran el purísimo cielo de su siglo.

Una flor en la losa que guarda los restos de tan esclarecido Poeta, que reuniendo las perfecciones de todos, fué tanto como todos, y que fué mas que todos, porque fué mas sublime.

JUAN MORENO BARRANCO.

Córdoba 20 de Mayo de 1881.

ANÁLISIS Y JUICIO CRÍTICO
DE LA OBRA DEL INSIGNE
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA
TITULADA
LA DAMA DUENDE. (*)

La capital de España por los años de 1629 en que tuvieron lugar estos sucesos, se diferenciaba mucho del Madrid de nuestros días: no tenía calles simétricas y alineadas como ahora, ni de noche las luces del gas que casi las ilumina con la esplendidez de los rayos del sol. En el siglo XVII esas calles estrechas y mal empedradas, fangosas en los días de lluvias, solo algún farol de luz menguada disipaba sus profundas tinieblas, cuando una mano devota lo encendía delante de una imagen milagrosa.

En el mes de Octubre de ese año de 1629, en una habitación del piso principal de la calle de Platerías, núm. 4, estaban reunidos algunos poetas de aquella época, y entre ellos el que era gloria de nuestro teatro y es hoy admiración de todas las naciones civilizadas. D. Pedro Calderon de la Barca estaba sentado en un sillón de cuero de Córdoba, teniendo delante una mesa de nogal bruñido llena de revueltos papeles, en los que su pluma docta había escrito versos felices, rasgos de ingenios agudos, ó llenos de gracejo, equívocos picantes y cuentos llenos de animación á veces, y en otras salpicados de profundas observaciones morales.

(*) Premiado por la Real Academia de Ciencias. Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba con una lujosa colección de las obras de Calderon.

Habia manifestado Calderon á aquellos sus amigos poetas que devuelta de sus campañas de Flandes, se ocupaba en concluir una comedia cuyo título era *La Dama Duende*, y con objeto de oírla de sus labios acudieron presurosos á la cita. Pendientes los que componian el auditorio de su palabra, tomando unas cuartillas D. Pedro Calderon las leyó de esta manera: «El viento sùtil de Guadarrama, llegaba frio y penetrante á esta villa coronada, la noche del 23 de este mismo mes, cuando dos forasteros llegados por sus jornadas de Burgos sobre mulas andariegas se encontraban parados en las aceras de la calle Mayor. Impaciente estaba el que amo parecia por haber llegado tarde á las fiestas que se celebraban, con ocasion del nacimiento del príncipe D. Baltasar, y por no atinar de pronto con la morada de D. Juan de Toledo en donde debia hospedarse, por haber sido su compañero de armas en la guerra del Piamonte, al mando del Sr. Duque de Feria.

Pero Cosme su criado que le escuchaba, para consolarle de la pérdida de los regocijos, por la tardanza de una hora, le dice:

Y puesto que hemos perdido
Por una hora, tan gran fiesta,
No por una hora perdamos
La posada; que si llega
Tarde Abiudarraez, es ley
Que halla de quedarse fuera;
Y estoy rabiando por ver
Este amigo que te espera
Como si fueres galan
Al uso, con casa y mesa,
Sin saber como ó por donde
Tan grande dicha nos venga;
Pues sin ser los dos torneos
Hoy á los dos nos sustenta.

—¡Donosa manera de criados los de las comedias españolas exclamó Quevedo, interrumpiendo la lectura.

—¡Y sentenciosa manera de donaire, añadió Alarcon! ¡Cuan-

tas veces doliéndose de las malas posadas se olvidan los presentes que pudieran remediarse!

—Así la dramática; dijo el anciano Lope de Vega, que oía con paternal cariño las composiciones de Calderon. Enseñar deleitando siempre ha sido y continuará siendo Dios mediante, un género provechoso de estudio; lo que merecería castigo fuera corromper el corazón, ó pervertir los entendimientos valiéndose de las galas de la poesía.

Guardó silencio Lope y Calderon continuó de este modo:

—En estas pláticas estaban, cuando vieron venir hácia ellos, de prisa y en sus mantos rebozadas, dos señoras, y una toda temblando y con el habla sobresaltada; que dijo á D. Manuel Enriquez, que así se llamaba el forastero burgalés:

Si como lo muestra
El traje, sois caballero
De obligaciones y prendas,
Amparad á una muger
Que á valerse de vos llega.
Honor y vida me importa
Que aquel hidalgo no sepa
Quien soy, y que no me siga.
Estorbad por vida vuestra,
A una muger principal
Una desdicha, una afrenta,
Que podrá ser que algun dia....
¡Adios, adios, que voy muerta!
y desaparecieron.

Llegó en esto el hidalgo perseguidor, y saliéndole al encuentro Cosme con un papel en la mano, le dijo:

—Señor aunque con vergüenza
Llego á vuesarced me haga
Tan gran merced que me lea
A quien esta carta dice:

Y como tuviese por repuesta

No vengo agora con flema,

Cosme le contestó:

Pues si fiera solo os falta,
Yo tengo cantidad de ella
Y podré partir con vos.

—Oportuna ocurrencia exclamó Quevedo.

—El galan curioso, continuó leyendo Calderon, viendo que las tapadas se alejaban empujé al criado; en cuyo tiempo intervino D. Manuel, para que

—Acabe el valor

Lo que empezó la cautela.

Cruzaron pronto las espadas, y herido levemente en una mano D. Manuel, aun continuaba el duelo, cuando se apareció allí D. Juan de Toledo.

—¿El amigo del burgalés? dijo Alarcon admirado.

—Y hermano de D. Luis con quien aquel reñía, añadió Calderon.

—Siga Vs. merced la lectura dijo Lope, el artificio de esta comedia, revela fecundo ingenio y por todos extremos me interesa.

Agradecido D. Pedro á los elogios de Frey Lope de Vega, así continuó leyendo:

—La paz renació pronto y la cortesía preparó el desagravio. D. Luis se quedó dando compañía á una Doña Beatriz á quien galanteaba su hermano, mientras que esta señora tomaba su coche; y D. Juan y D. Manuel se encaminaron á casa del primero donde tenia preparado el alojamiento.

La dama encubierta libre del impertinente curioso que la habia perseguido, iba reponiéndose del pasado susto, entre las cuatro paredes de un escondido aposento de su casa, cuando entró allí á verla su hermano D. Luis.

—Entonces...? preguntó Quevedo.

—Doña Angela que esquivaba en la calle la presencia de su hermano, dijo Calderon, dando respuesta á la pregunta de Quevedo, porque en apariencia vivia retirada del mundo, cubierta con el desaliño y los lutos de unas tocas, á escondidas

vestía sus antiguas galas, y encubierta con un manto, y acompañada de Isabel, su criada, buscaba en el bullicio y el aire de las calles distracción á su espíritu cansado y desahogo para su pecho. Refirióle D. Luis su lance de la calle Mayor, manifestándole al propio tiempo, que el galán forastero, valedor de la dama encubierta se aposentaba ya en su propia casa. Disimuló Doña Angela su alegría, certificándole á D. Luis que se había pasado toda la tarde entretenida en llorar y empeñándole cuando se despidió á que se complaciera en todo con la voluntad de D. Juan.

Que es nuestro hermano mayor
Y vivimos de alimentos.

Solas D.^a Angela é Isabel procuraron arbitrar modo de ver sin ser vistas á D. Manuel, y de pagarle por un extraordinario servicio la defensa cortés y cumplida que había hecho de ella; la gratitud, le obligaba á esto y mucho más.

La criada Isabel le acordó medio seguro de cumplir su vehemente deseo. El huésped se aposentaba en una sala en la que había una alhacena con losa y cristal, hecha á manera de puerta, que podía abrirse y cerrarse sin que nadie lo notara; haciéndose un pequeño ahugero con barrena por el hueco formado, podría verse lo que dentro pasaba, girando los ocultos goznes, la alhacena convertida en puerta, ofrecería franco paso.

No dudó D.^a Angela en acudir á este medio, para satisfacer su curiosidad, y cubrir sus obligaciones; y aunque la detuvo un instante el miedo de que si era descubierta, D. Manuel refriese el caso, pronto perdió ese temor diciéndose.

—No hará,

Que hombre, que su esfuerzo igualo
A su gala y discrecion
Puesto que de todo ha hecho
Noble esperiencia en mi pecho
En la primera ocasion,
De valiente en lo arrestado,
De galán en lo lucido,
En el modo de entendido,

No me ha de causar cuidado
Que diga suceso igual;
Que fuera notable mengua
Que echara una mala lengua
Tan buenas partes á mal.

—Hermosa leccion ofrecida en muy entonada poesía. No basta que una comedia sea interesante en su argumento, como lo es sin duda esta *Dama Duende*, requiere además la buena dramática que los personajes tengan vida, y hagan sentir, aborrecer y amar, como ellos sientan, odien ó amen. Es necesario tambien que resplandezca la obra con lo limpio de la locucion, y la gallardía de los pensamientos, y de todo ello se da aquí una prueba acabada ¿Quién, añadió Lope de Vega que era el que hablaba de este modo, despues de oidas esas redondillas de Doña Angela, ha de olvidarse de que puede una lengua, no contenida por la prudencia deslucir las mejores prendas del nacimiento del alma á la educacion?

Sonriose Quevedo al oir esta plática del más anciano de aquellos poetas, y Calderon continuó leyendo.

—Cosme entró con las maletas en la habitacion de su amo, y encontrándose solo, trató de echar cuentas de sus sisas durante el camino, y viendo que estaba llena su bolsa, exclamó:

Salirme un rato es justo

A rezar á una ermita. ¿Tendrás gusto

Desto, Cosme?—Tendré.—Pues, Cosme, vamos

Que antes son nuestros gustos que los amos.

La alhacena se abrió á poco, apareciendo D.^a Angela y su criada. Revolvieron las maletas, sacaron varios objetos, y entre ellos un retrato de muger hermosa; D.^a Angela detuvo su inquisicion en este momento y se puso á escribir una carta; Isabel en tanto reconoció la maleta del criado Cosme, y encontrando la bolsa le quitó el dinero, dejando en su lugar unos carbonos. Ejecutado todo esto y sintiendo ruido escaparon y

—*Alhacena me fecit.*

La sorpresa de Cosme al mirar de vuelta de la ermita sus

maletas vacías y las ropas revueltas, no hay frases con que encarcerarlo y al ver sus dineros convertidos en carbones exclamó enojado:

Duendecillo, duendecillo
Quien quiera que seas ó fueres,
El dinero que tu das
En lo que mandares vuelve.
¿Mas lo que yo hurto por qué?

Interrumpióle su amo, y al saber la causa de su desasosiego, lo trató de beodo, pero entrando en la alcoba para acostarse, debajo de la tohalla de la cama, encontró la carta que le habia escrito D.^a Angela.

—Con cuidado, le decia en ella, me tiene vuestra salud, como á quien fué la causa de su riesgo.... y así os suplico os sirvais de mí, dejando la repuesta donde hallásteis esto.... El secreto importa, porque el dia que lo sepa alguno de los amigos, perderé yo el honor y la vida.

La sorpresa de D. Manuel, igualó á la de su criado Cosme, este dijo:

—Y de aquesto no daremos
Cuenta á la huésped?

—No

Le contestó su amo
Porque no tengo de hacer
Mal alguno á una muger
Que así de mí se fió.
—Luego ya ofendes á quien
Su galan juzgas...?

Insistió Cosme.

—No tal,
Pues sin hacerle á ella mal
Puedo yo proceder bien.

Añadió D. Manuel.

—Hay duendes? preguntó el criado.

—Nadie los vió

- Familiares?
—Son quimeras
- Brujas?
—Menos
- ¿Hechiceras?
—¡Qué error!
- Hay súcubos?
—No.
- Encantadores?
—Tampoco
- Mágicas?
—Es necedad.
- Nigromantes?
—Liviandad.
- Energúmenos?
—¡Que locol
- ¡Vive Dios que te cojí!
Diablos?
—Sin poder notorio.
- ¿Hay almas del purgatorio
Que me enamoren á mí?
—¡Hay mas necia bobería
Déjame que estás cansado.

—No por mi vida, exclamó Alarcon, diálogo como el que aquí desarrolla Vd., será un modelo de gracia y viveza, en el presente y los siglos venideros.

Esta jornada primera no tiene desperdicio, añadió. El interés nace y muy vivo desde el instante en que D.^a Angela corriendo atribulada, pide amparo al forastero. La gratitud de esta señora aparece bien justificada, y desde la gratitud al cariño, en el corazon de las mugeres, no hay más que un paso y por pendiente resbaladiza. Se amarán?

—De cierto, exclamó Quevedo con algun género de malicia. Lo que no encuentro bien justificado es lo de la alhacena, ese recurso siempre lo tomará un celoso. ¡Pero una dama! ¿Con-

qué género de ceguera tenia losojos del entendimiento D. Manuel para no advertir que por ella, entraba y salia *La Dama Duende*?

—Tambien se me ocurrió esa observacion cuando trazé en mi mente el plan de esta comedia, contestó D. Pedro Calderon, cogiendo de nuevo los papeles que habia dejado sobre la mesa, por ello más adelante y salvando ese reparo dice D.^a Angela:

¿Ahora sabes

Lo del huevo de Juanelo?

Que los ingenios más grandes

Trabajaron en hacer

Que en un bufete de jaspe

Se tuviese en pié, y Juanelo

Con sólo llegar y darle

Un golpecito se tuvo?

Las grandes dificultades

Hasta saberse lo son;

Que sabido, todo es fácil.

—La disculpa es ingeniosa, dijo Quevedo. Por vida, de las manos de Lope pasará el cetro de lo dramático á las de vuestra merced, y de ellas nadie podrá arrebatarlo.

—La lucha que se entabló luego entre D.^a Angela y D. Manuel, aquella por agasajarlo y servirlo y este por conocer á la señora que le obsequiaba y se le mostraba agradecida, se hace cada vez más viva, siguió leyendo Calderon. Aparte algunos incidentes, que hicieron presumir á D. Manuel que el duende era la dama de D. Luis, dispuso aquel su partida al Escorial, á donde el Rey se habia marchado, para seguir sus pretensiones y presentar sus papeles. Vinieron á su cuarto con propósito de arreglar las maletas, y aumentándose su sorpresa vieron sobre el bufete un azafate lleno de ropa y cubierto, en el cual venia otro billete con estos renglones... «A lo que decís del amigo, persuadido á que soy dama de D. Luis, os aseguro que no solo no lo soy, pero que no puedo serlo; y esto dejo para la vista, que será pronto.»

—Enamorada iba mostrándose D.^a Angela, dijo Alarcon.

—No puede jugarse con el fuego añadió Quevedo, ¿Pero

qué importa? La mariposa girará siempre en torno á la luz aun que se queme las alas.

—Creyendo camino del Escorial al huesped, D.^a Angela é Isabel, abierta la alhacena, entraron en su cuarto. Ya en el aposento, dijo la señora:

—Isabel, pues recogida
Está la casa, y es dueño
De los sentidos el sueño,
Ladron de la media vida;
Y sé que el huesped se ha ido,
Robarle el retrato quiero
Que ví en el lance primero.

A lo que la criada le contestó:

—Entra quedo, y no haga ruido.

—Cierra tú, añadió D.^a Angela.

—Por allá fuera
Y hasta venirme á avisar
No saldré yo, por no dar
En más riesgo.

—Aquí me espero,

contestó Isabel marchándose y cerrando la alhacena de cristales

D.^a Angela se quedó sola dentro del cuarto de D. Manuel, cuando este y Cosme, hablando bajo, se aparecieron junto á la puerta; la oscuridad de la noche impidió que se viesen en el primer instante.

D.^a Angela sacó una linterna que trajo oculta, y encendiendo un candelero, dando la espalda á D. Manuel y á Cosme, se sentó junto al bufete. El burgalés conteniendo á su criado, le dijo:

—Aguarda, que á los reflejos
De la luz, todo se ve,
Y no ví en toda mi vida
Tan soberana mujer.
Válgame el Cielo ;Qué es esto?
Hiedras á mi parecer

Son los prodigios, pues de uno
Hacen mil ¡Cielos! ¿Qué haré?

No lo meditó mucho, pues adelantándose á poco y cogiendo á D.^a Angela por un brazo y desprevenida, exclamó:

Angel, demonio ó muger
A fe que no has de librarte
de mis manos esta vez.

—El duende cogido en un lazo! dijo Alarcon, con ello se termina el enredo.

—Acaso no, le contestó Lope de Vega. El fecundo ingenio de nuestro Don Pedro le dará dichosa salida en este lance apretado.

D.^a Angela no perdió la serenidad, dijo Calderon, antes con acento persuadido y amoroso, exclamó:

Generoso Don Manuel
Enriquez, á quien está
Guardado un inmenso bien,
No me toques, no me llegues,
Que llegarás á perder
La mayor dicha que el Cielo
Te previno, por merced
Del hado que te apadrina
Por decreto de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde
En el último papel
Que nos veríamos presto
Y anteviendo aquesto fué;
Y pues cumplí mi palabra,
Supuesto que ya me ves
En la más humana forma
Que he podido elegir, vé
En paz y déjame aquí:
Por que aun cumplido no es
El tiempo en que mis sucesos
Has de empezar á saber:

Mañana lo sabrás todo;
Y mira que á nadie des
Parte de esto, si no quieres
Una gran suerte perder.
Vé en paz.

—¿Y creyó el embuste? preguntó Quevedo.

—En los lábios de una muger hermosa, hasta las mentiras
son preceptos, Señor Don Francisco, le contestó Lope de Vega.

—D. Manuel se resistió á aquella súplica, y apurando á Do-
ña Angela, le preguntó con irresistible imperio:

—Dí ¿quién eres?

A lo que ella repuso:

—Fuerza el decirlo ha de ser
Por que no puede llevar
Tan al fin como pensé
Este amor, este deseo,
Esta verdad, esta fe,
Pero estamos en peligro
Sí nos oyen ó nos ven,
De la muerte, por que soy
Mucho más de lo que vés;
Y así es fuerza por quitar
Estorbos que pueda haber,
Cerrad, señor, esta puerta
Y aun las del portal tambien
Por que no puedan ver luz
Si acaso vienen á ver
Quien anda.

—Alumbra, Cosme.

Dijo D. Manuel á sa criado:

—Cerremos la puerta. ¿Ves
como es muger y no duende?

Y salieron.

Aprovechando su ausencia D.^a Angela escapó por la alhace-
na; mas al partir, dejándose en aquella habitacion parte de su al-
ma, añadió:

Bien sucede. Echa el cancel
De la alhacena. ¡Ay amor!
Tu duda se queda en pié.
—Ya estan cerradas las puertas.

Exclamó D. Manuel luego que volvió á la habitacion:
Proseguid señora, haced
Relacion... pero ¿qué es esto?
¿Dónde está?

—Pues ¿yo que sé?

le contestó Cosme más asombrado que su dueño.

No la encontraron en la alcoba, en donde la juzgaban refugiada y escondida, y entre la duda y el despecho amoroso contestó D. Manuel:

—Como sombra se mostró,
Fantástica su luz fué,
Pero como cosa humana
Se dejó tocar y ver:
Como mortal, se temió,
Receló como muger,
Como ilusion, se deshizo,
Como fantasma, se fué;
Si doy riendas al discurso
No sé ¡vive Dios! no sé
Ni que tengo que dudar
Ni que tengo que creer.
—Yo sí,

murmuró Cosme,

Sé que es diablo;
Pues que novedad no es
Si la muger es demonio
Todo el año, que una vez
Por desquitarse de tantas
Sea el demonio muger.

Preciso era este concepto, repuso Quevedo, que no hay misterio ni intriga, donde no tenga su principal accion una muger, y

se me mía que los de D.^a Angela capaces son de volcarle el seso al más prudente, y los hombres, pobres insensatos, las amamos más por esas cualidades extraordinarias, por esa predisposición, que por las mugeres: que una muger de espíritu vulgar, aunque sea hermosa, nada dice al corazón del hombre; ellas han sido y serán la palanca que mueva el orden progresivo del mundo hacia el mañana.

En efecto, exclamó Lope de Vega, la delicadeza con que conduce el hilo de su intriga D.^a Angela, merece todo mi aplauso; proseguí D. Pedro.

Empieza aquí la tercera jornada.—D.^a Angela había dado una cita á D. Manuel para el Cementerio de San Sebastian, donde de dos hombres le esperaban, así dijo:

Y al fin á un portal de horror,
Lleno de sombra y temor,
Solo y á oscuras salí.
Aquí llegó una muger
(Al oír y el parecer.)
Y á oscuras y por el tiento,
De aposento en aposento,
Sin oír, hablar, ni ver,
Me guió.

Don Manuel, que acechaba por una cerradura, admira la elegancia y aparato de la habitación inmediata, en esto que se abría la puerta y apareció D.^a Angela diciendo:

¿Estareis muy disgustado
De esperarme?

Y contestó D. Manuel:

—No, señora;
Que quien espera la Aurora,
Bien sabe que su cuidado,
En las sombras sepultado
De la noche oscura y fría,
Ha de tener; y así hacia
Gusto el pesar que pasaba:

Pues cuanto más se alargaba,
Tanto más llamaba al día.
Si bien no era menester
Pasar noche tan oscura,
Si el sol de vuestra hermosura
Me había de amanecer;
Que, para resplandecer
Vos, soberano arrebol,
La sombra ni el tornasol
De la noche no os había
De estorbar; que soís el día
Que amanece sin el sol.
Huye la noche, señora,
Y pasa á la dulce salva
La risa bella del alba,
Que ilumina, mas no dora;
Despues del alba la aurora,
De rayos y luz escasa,
Dora, mas no abrasa. Pasa
La aurora, y tras su arrebol
Pasa el sol; y solo el sol
Dora, ilumina y abrasa.
El alba, para brillar,
Quiso á la noche seguir;
La aurora, para lucir,
Al alba quiso imitar;
El sol, deidad singular,
A la aurora desafía;
Vos al sol: luego la fria
Noche no era menester,
Si podeis amanecer,
Sol del sol, despues del día.

A lo cual contestó D.^a Angela:

—Aunque agradecer debiera
Discurso tan cortesano,

Quejarme quiero (no en vano)
De ofensa tan lisonjera;
Pues no siendo esta la esfera,
A cuyo noble ardimiento
Fatigas padece el viento,
Si no un albergue piadoso,
Os viene á hacer sospechoso
El mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
Me falta en contento tanto;
Ni aurora, pues que mi llanto
De mi dolor no os avisa;
No soy sol, pues no divisa
Mi luz la verdad que adoro;
Y así lo que soy ignoro:
Que solo sé que no soy
Alba, aurora ó sol; pues hoy
Ni alumbro, rio, ni lloro.
Y así os ruego que digais
Señor don Manuel, de mí,
Que una mujer soy y fui,
A quien vos solo obligais
Al extremo que mirais.

Divinas décimas, exclamó Lope de Vega; su elegancia es del gusto más delicado; son sin duda las más poéticas de cuantas nos habeis recitado, Don Pedro. En ellas se ve á Don Manuel amante adorando las beldades de su objeto. En ellas se admira la templanza de D.^a Angela, que sin embargo de estar poseida del mismo sentimiento, sufre porque su deber es disimularlo.

D. Manuel rogó á D.^a Angela que le esplicase aquel tan extraño enigma, y le dijese quien era, por eso D.^a Angela respondió:

Mientras encubierta estoy,
Podreis verme y podré veros;
Porque si á satisfaceros

Llegáis, y quién soy sabeis,
Vos quererme no querreis,
Aunque yo quiera quereros.
Pincel que lo muerto informa,
Tal vez un cuadro previene,
Que una forma á una luz tiene,
Y á otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
Dos luces, que en mí teneis;
Si hoy á aquesta luz me veis,
Y por eso me estimais,
Cuando á otra luz me veais
Quizá me aborrecereis.

Ahí existe una declaracion, dijo Tirso.

En efecto, añadió Lope, obligada por la insistencia de Don Manuel, prefirió manifestar su pasion á dejarse conocer, y Don Manuel, comprendiendo esta delicadeza, dejó de pretender lo que conseguir no debia.

En este momento llamaron á la puerta; era D. Juan, y toda asustada, mandó D.^a Angela á Isabel que se llevase á D. Manuel. Esta obedeció, y le condujo á la misma habitacion de su alojamiento, donde descansando de los peligros del duende, se hallaba el desdichado Cosme, que sintiendo ruido exclamó:

¿Quién va? ¿Quién es?

—Calle, digo,

respondió D. Manuel,

Quien quiera que es, si no quiere

Que le mate á puñaladas.

Siempre de broma y chispa, exclamó Quevedo.

Al fin mediaron las esplicaciones y se reconocieron amo y criado; mas dudando aquel estar en su misma habitacion, para desengañarse salió á reconocer el patio, entrando entre tanto Isabel que creyendo á Cosme D. Manuel, lo condujo por el hueco de la alhacena.

¿Y D. Juan? preguntó Tirso, descubriria la intriga de su hermana, no es cierto, D. Pedro?

No lo espero, contestó Alarcon, pues de ser así tendríamos el desenlace, y aun parece que tarda.

En efecto, prosiguió D. Pedro, estrañole á D. Juan el traje de su hermana, pero como esta se escusase diciendo

De mis penas y tristezas
Es causa el mirarme siempre
Llena de luto, y vestime,
Por ver si hay con que me alegre,
Estas galas.

Marchóse casi persuadido, apareciendo acto seguido Cosme, que exclamó al verse rodeado de tanto fausto

¡Triste de mí! ¿Dónde voy?

.....
¿Yo soy Cosme, ó Amadíz?

¿Soy Cosmillo ó Beliantís?

Escena esta de grande efecto, donde Cosme ha podido desplegar todo su donaire, exclamó Quevedo, tanto, que el espectador ha llegado sin duda á preparar todo su entusiasmo hasta el punto que quiso conducirlo.

Reconoció Isabel su error y D.^a Angela supuso el engaño descubierto, pero no pudo pensar en remediarlo pues en aquel instante se oyó un golpe dado en la puerta por su hermano Don Luis y la escena tomó un aspecto diverso. Uno se esconde por aquí, otro por allá, dando lugar á que Cosme dijese:

—*Este sin duda*

Es el verdadero duende.

D. Luis, que efectivamente era el que llamaba, abrió una compuerta, encontrándose con D.^a Beatriz y su hermano, y notando su turbacion y los ruidos causados por Cosme é Isabel en la alhacena, se hace presa de una sospecha horrible y tomando luz exclamó de este modo:

¡Ay de mí! ¡Cielos piadosos,
Que queriendo neciamente
Estorbar aquí los celos,
Que amor en mi pecho enciende,

Celos de honor averiguo!
Luz tomaré, aunque imprudente,
Pues todo se halla con luz,
Y el honor con luz se pierde.

Entonces ... D. Luis acechaba á D.^a Beatriz...? dijo Alarcon; accion es esa no muy digna de un caballero; las pesquisas se quedan para la inquisicion, pero D. Luis, jamás debió valerse de esos bajos medios.

De este modo se aprecian las acciones, repuso Lope, cuando el espíritu se encuentra en completa calma; pero así cuando se vé avasallado por una pasion, y D. Luis estaba celoso.

D. Luis, con la luz en la mano, habia entrado por el hueco de la alhacena de la habitacion de D. Manuel; al verlo en ella, lo toma por el ofensor de su honor, tírale al rostro su felonía y le obliga á reñir; quedó D. Luis desarmado, y le ruega D. Manuel con corteses frases que busque otro acero; entretanto Don Juan, que tambien temia por su honor, deja á D.^a Angela, que se refugia en la misma habitacion de D. Manuel, mediando la esplicacion de la siguiente forma:

Por haberte querido
Fingida sombra de mi casa he sido;
Por haberte estimado
Sepulcro vivo fuí de mi cuidado;
Porque no te quisiera
Quien el respeto á tu valor perdiera;
Porque no te estimara
Quien esa pasion dijera cara á cara.
Mi intento fué el quererte,
Mi fin amarte, mi temor perderte,
Mi miedo asegurarte,
Mi vida obedecerte, mi alma hallarte,
Mi deseo servirte
Y mi llanto, en efecto, persuadirte
Que mi daño repares,
Que me valgas, me ayudes, y me am pares.

A lo que contestó D. Manuel:

Hidras parecen las desdichas mías.

.
Su hermana es; si pretendo
Librarla, y con mi sangre la defiendo,
Remitiendo á mi acero su disculpa,
Es ya mayor mi culpa,
Pues es decir que he sido
Traidor, y que á su casa he ofendido,
Pues en ella me halla.
Pues querer disculparme con culpalla,
Es decir que ella tiene
La culpa, y á mi honor no le conviene.
Pues ¿Qué es lo que pretendo,
Si es hacerme traidor si la defiendo;
Si la dejo, villano;
Si la guardo, mal huesped; inhumano,
Si á su hermano la entrego?
Soy mal amigo si á guardarla llego;
Ingrato, si la libro, á un noble trato;
Si no la libro, á un noble amor, ingrato.
Pues de cualquier manera
Mal puesto he de quedar, matando muera.
No receles, señora;
Noble soy, y conmigo estás agora.

Circunstancias difíciles, dijeron todos los concurrentes, que obligan á una dama á manifestar su amor, de la manera que lo hace, como mejor no se puede expresar: en esta declaracion estan pintados todos los afectos, todos los temores, todas las ilusiones de un alma enamorada.

En D. Manuel se retrata al noble caballero, al prudente amigo y por último al amante que rompiendo todas las leyes que le dictaran sus debidas atenciones, solo atiende á la defensa del objeto querido, de la muger amada.

Tanto valor, continuó D. Pedro, despues de escuchar las an-

teriores consideraciones, dejó admirado á D. Luis que le prometió la mano de su hermana como único medio de reparar la ofensa que en su honor cree haber sufrido: D. Juan apareció brindándose como padrino, proyectando por último el casamiento de Cosme con Isabel, pero no habian contado con la huéspedea, pues se encontraron con la negativa del primero.

—Por qué causa?

dijo con despecho Isabel. Y Cosme le contestó:

—Por no malograr el tiempo

Que en estas cosas se gasta.

Ja... ja... ja... exclamó Quevedo, dando rienda suelta á la hilaridad; el tal Cosme con esta última gracia se ha conquistado completamente mis simpatías.

Pues con ese último chiste, señores, añadió Calderon, ha terminado mi obra, la cual quisiera llenase vuestros deseos, con lo que la consideraria enteramente laureada.

De los labios de cada cual habeis oido, D. Pedro, dijo Lope de Vega, el concepto que nos ha merecido, pareciendo ocioso que volvamos á su crítica; sin embargo, os espondré en resumen nuestro juicio:

La Dama Duende es ya, y será para los tiempos venideros, uno de los más bellos blasones del teatro Español; la intriga está preciosamente concluida; sus escenas de profundo efecto; los tipos bien acabados; el carácter de época fielmente traspuesto; hay notas que vibran en el corazon; belleza en el estilo y en ciertos periodos una fuerza poética encantadora, si bien en otros existe alguna flogedad, y si el desenlace no fuese tan precipitado, yo desde hoy pondria en manos de vuestra merced el Principado de los ingenios españoles.

No lo he pretendido, ni aun soñado, el ocupar el mas insignificante escabel en el glorioso trono de la literatura, pero el sagrado nombre de Calderon se deja oir por todos los ámbitos de la noble pátria, circundado de luz y de esplendor, y mi pecho, en

que late un corazón amante de las grandezas de la España, no ha sido insensible á la voz de la gratitud y del orgullo. La figura del Príncipe de nuestro teatro se ha presentado ante mi vista demandándome el cumplimiento de una santa obligación. El universo entero se prepara á conmemorar su segundo centenario. El aplauso general levanta ecos de loor en su nombre, y aunque mi voz se confunda entre todo el torrente de la de los sabios, siquiera me quedará el consuelo de haber dado mi palmada, y de haber demostrado que no solo en las populosas ciudades, donde todos los medios sobran, sino también en las humildes aldeas, conserva España su amor á las artes bellas, en las que tanto preponderó en otro tiempo, y que si las desgracias le abatieron, sólo falta un *ramos* para que menudos y grandes, estos con su poder y aquellos con sus esperanzas, acudan á limpiar del polvo de los años los brillantes caracteres, con que mil en cada folio, adornan sus páginas.

Las glorias de la nación son glorias de los nacionales: la hacienda de los padres constituye los peculios de los hijos: en los laureles que circundan la memoria de Calderon, todos tenemos una hoja: justo es, pues, que rindamos un tributo á su memoria.

BARTOLOMÉ DE CASTRO.

ANÁLISIS Y JUICIO CRÍTICO
DEL DRAMA DEL INSIGNE
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA
TITULADO
EL ALCALDE DE ZALAMEA. (*)

*La honra es prenda del alma,
y el alma solo es de Dios.*

Nada más noble y honroso que tributar un recuerdo de admiración, rindiendo á la vez justo homenaje de gratitud y respeto al ingenio, el valor ó las virtudes de los hijos más ilustres de nuestra pátria.

España, cuna de tantos eminentes filósofos como de guerreros insignes é inspirados artistas, la nacion que siempre llevó por lema la hidalguia é iluminó al mundo con la luz de las verdades científicas, no puede abandonar al olvido los grandes ingenios que con su inspiracion sublime conquistaron inmarcesibles laureles y eterna gloria al Parnaso español.

Pléyade inmensa de vates distinguidos registra nuestra historia literaria en todos los tiempos, y principalmente desde la primera mitad del siglo XIII en que lució sus grandes dotes poéticas el erudito épico Gonzalo de Berceo, hasta el lírico Marqués de Villena, iniciador del consistorio de la gaya ciencia; y desde la décima sexta centuria, llamada el siglo de oro de la li-

(*) Esta composicion obtuvo el «accésit» señalado en el programa del Festival.

teratura patria, que inaugurara Ercilla y Garcilaso, y siguieron entre otros el divino Herrera, los Argensolas, Lope de Rueda y el cordobés Luis de Góngora, hasta el advenimiento del Fénix de los ingenios, el fecundo vate Lope de Vega Carpio, fueron tantos los eminentes poetas que honraron con las galas de su privilegiada inteligencia ese brillante periodo, que solo podía coronarlo dignamente quien con justicia mereció el nombre glorioso de príncipe del Teatro Español, el inmortal D. Pedro Calderon de la Barca.

Aun no habia espirado el siglo XVI cuando vió la luz en la Córte este esclarecido escritor, cuyo precóz talento é inspiración poética demostró desde luego, produciendo á la temprana edad de trece años su primera comedia titulada *El Carro del Cielo*; pero bien pronto y sin seducirle la halagadora perspectiva de la brillante corte de Felipe IV, ni el favorable éxito que obtenian las sucesivas producciones dramáticas que ofreciera á la escena, decidióse á abrazar la carrera de las armas, hermanando en ella la lira con la espada, hasta que á su regreso años despues, reemplazó á Lope de Vega en la direccion de las fiestas teatrales, mereciendo del Monarca distinguidas mercedes. Inclinado sin embargo á mision más alta por sus especiales condiciones de carácter, abandonó de nuevo la Córte, dedicándose al sacerdocio con ardiente fe cristiana, en cuyo tiempo escribió sus célebres *Autos Sacramentales*, y posteriormente otra multitud de obras literarias, siempre con fecundidad portentosa, hasta su fallecimiento ocurrido en 25 de Mayo de 1681, con el cual, dice un ilustre publicista, «perdió el Teatro Español un príncipe, la Córte un poeta laureado, la Iglesia un sacerdote ejemplar, los pobres un bienhechor y la honra castellana un gran maestro.»

Descanse en paz el eminente dramático, cuyas raras virtudes habrá premiado el Cielo, y pasemos á relacionar siquiera algunas de sus obras más escogidas.

Aparte de los *Autos*, destinados especialmente á la representacion de las fiestas eucarísticas, cuyas notables producciones con otras poesías del mismo autor se han reimpresso en la época

actual, donde más descuella el poderoso ingenio del inmortal Calderon con todo el mágico poder de su inventiva é inspiracion sublime es sin duda en los numerosos dramas y comedias que el arte debe á su lozana fantasía.

Entre ellos sobresale por la elevacion del concepto, por el principio filosófico que desenvuelve y por el fin moral que encierra su grande obra *La vida es sueño*, así como la titulada *La devocion de la Cruz*, cuyo interés escénico contrasta admirablemente con la habilidad artística que el autor ha sabido emplear para representar realidades muy comunes en la época en que fué escrita. No menos ingeniosa es la comedia denominada *La Dama Duende*, así como el drama trágico de extraordinario mérito titulado *El mayor monstruo los celos*; y en *A secreto agravio, secreta venganza*, como en *El médico de su honra*, pinta quizá hasta la exageracion el sentimiento del honor, que tanto resalta en el carácter noble y caballeresco del ilustre dramaturgo. En sus comedias mitológicas y con especialidad la que titula *Ni amor se libra de amor*, en la histórica *El gran príncipe de Fes*, en la trágica *Amar despues de la muerte*, y en el sublime drama filosófico *El mágico prodigioso* inspirado en una antigua leyenda y conduciendo á un fin altamente moral, revélase el grado de ilustracion del insigne poeta y son suficientes por sí solas para demostrar su poderoso ingenio, sin hacer mencion siquiera de cuantas otras obras literarias honraron como aquellas, y son todavía, el más preciado ornamento del Teatro Español.

Desde su primer ensayo en *El Carro del Cielo*, hasta su postrer comedia *Hado y divisa* que escribió á la avanzada edad de 80 años, alcanzó Calderon tantos laureles y elevaron á tan alto grado el arte escénico sus admirables concepciones, que á pesar de la gran figura de Lope de Vega, apellidado por el inmortal Cervantes, *El monstruo de la naturaleza*, y sin embargo del justo renombre que alcanzaban los inspirados vates Tirso de Molina, Moreto, Rojas y Alarcon, sus más distinguidos contemporáneos, la fama lo enaltecíó mercedamente con el honrosísimo título de *Príncipe de los dramáticos*.

Basta para comprobarlo el detenido análisis de cualquiera de sus producciones, *El Alcalde de Zalamea* por ejemplo, cuyo drama magistralmente trazado, sintetiza los sentimientos más característicos del pueblo español en la época á que se refiere, y ha obtenido por su sobresaliente mérito, la singular distincion de ser traducido al francés, al italiano y por dos veces al idioma aleman.

Lleva el autor la escena al lugar que en su origen se denominó Yulipa, y despues Zalamea, pequeño pueblo de Extremadura, y ofrece desde el primer acto de los tres en que divide el drama de dicho título, el interés creciente y juego escénico que ni por un momento decae en toda la obra. El honrado labrador Pedro Crespo habita en la villa de aquel nombre con sus hijos Juan é Isabel, á cuya jóven enamora con poca fortuna un hidalgo desconocido. De tránsito para Lisboa á donde se dirige el Monarca, marcha uno de los tercios militares al mando del maestre de Campo D. Lope de Figueroa, alojándose en el pueblo la compañía de que es capitan D. Alvaro de Ataide, quien anuncia que en breve pasará á aposentarse en casa de Crespo. Este, previsor y celoso de su honra, hace retirar á Isabel de la vista del huesped, ocultándola con su prima Inés en una habitacion inmediata. Preséntase despues el Capitan é interesado por el sargento que le acompaña, desea conocer á la jóven cuya belleza le describe, para lo cual recurre á una trama ingeniosa, que por resultado le ofrece ver, como se proponia, á la oculta Isabel; pero al conseguirlo aparece el padre de la jóven, quien sostiene con D. Alvaro una interesante escena, que viene á hacer mas difícil para este último la inesperada presencia del maestre de Campo D. Lope de Figueroa, cuyo jefe manda retirar al capitan, reemplazándole en su alojamiento.

Hasta aquí el primer acto; y en verdad que no pueden darse á conocer más propiamente los principales personajes que en él figuran, ni con mayor naturalidad iniciarse el desenvolvimiento del drama.

Sin variacion de lugar comienza el acto segundo con un día-

logo en que el capitán D. Alvaro muestra al sargento, su confidente, la pasión que Isabel le inspira y sus ardientes deseos de hablarla, á los que se opone aun más la estancia de D. Lope en aquella morada.

En tal situación acude á Rebolledo y su compañero La Chispa, agentes siempre dispuestos á secundar sus siniestros planes, y concierta los medios de conseguir su intento. Cambia la escena con la presencia de Crespo y del Maestre de Campo, á cuya protección entrega aquel su hijo para que le siga en el ejército: oýense al exterior cantos dedicados á Isabel que salen á impedir, y aprovechando la ausencia de ambos, entra D. Alvaro, encuentra sola á la jóven aldeana y le pinta su pasión vehemente, cuyas seducciones rechaza esta con entereza; pero vuelve D. Lope, y comprendiendo el ardid ordena al capitán que sin demora salga del pueblo con su compañía; mas despechado este y resuelto á realizar sus propósitos, combina un nuevo plan para conseguirlos. Marcha despues el Maestre de Campo con Juan, á quien su padre exhorta para que se conduzca con honradez y nobleza en la carrera militar que abraza, y mientras este queda con su hija y sobrina contemplando la ausencia de los expedicionarios, sorpréndeles el capitán D. Alvaro, que á viva fuerza se apodera de Isabel, llevándosela en sus brazos, á la vez que Rebolledo contiene y arroja al suelo al padre, impidiéndole con la espada al cuello seguir al raptor y librar á su hija de la deshonra.

Sola esta ligera descripción es suficiente para dar á conocer el interés que inspira tan bien combinado argumento.

En el acto tercero aparece Pedro Crespo conduciendo á su hija ante la autoridad del Alcalde, para demandarle justicia contra el atentado de que ha sido víctima, en ocasión en que se verifica la elección de aquel cargo, é interin termina, Isabel refiere las violencias sufridas y el providencial encuentro con su hermano Juan, quien vengando su afrenta consiguió en sostenida lucha herir á D. Alvaro. Proclamado Crespo Alcalde por el Concejo municipal, preséntase el capitán pidiendo un bagaje para continuar su marcha, pero retenido por aquel le expone su deshonra y le

suplica sentidamente su reparación, cuyos ruegos rechaza Don Alvaro con desprecio y altivez. Ante tal negativa, Crespo hace valer su autoridad y prende al capitán, mandando procesarle, al paso que Isabel se retira á un convento. Noticioso del hecho el Maestre de Campo D. Lope de Fuigueroa protesta contra la retención de D. Alvaro, cuya libertad reclama. El Alcalde le niega el derecho de jurisdicción que invoca, y en su defensa llama á los aldeanos, como D. Lope á sus soldados; pero preséntase el Rey atraído por esta escisión, se entera de la causa, y aprobando la sentencia dictada por aquel, ordena que su ejecución se realice por el tribunal á quien compete. Crespo le espone respetuosamente que ya se ha cumplido, y muestra el cadáver del capitán agarrotado, cuya determinación sanciona el Monarca, nombrando á la vez á Pedro Crespo, Alcalde perpétuo de Zalamea.

¡Llor al eminente dramático que vengando á la virtud ultrajada, tan alto eleva el sentimiento del honor! ¡Gloria al génio inmortal que al ofrecer ejemplos morales como el que esta obra envuelve, aduna dignamente el amor paternal á los fueros sagrados de la justicia!

Soldado, sacerdote y siempre poeta insigne, al par que profundo observador del corazón humano, expone al juicio público sus más opuestas pasiones: la lucha entre la virtud y el vicio que con tanta propiedad como envidiables recursos escénicos personifica en el honrado y cariñoso padre de Isabel y en el audáz capitán D. Alvaro de Ataide; é inspirado en los hábitos de su siglo, muestra á la vez con admirable acierto sus rasgos más característicos, el respeto al Jerca supremo del Estado, y hasta el sentimiento democrático que determina la sanción y el premio del acto justísimo tan magistral como brillantemente presentado en las últimas escenas del drama.

Y si analizamos cualquiera de sus conceptos para apreciar mejor la elevación del pensamiento, así como las bellezas que encierra la poesía en sus sonoras y armoniosas asonancias; si nos fijamos en el final del acto primero, es innegable que difícilmente pudieran espresarse con mayor nobleza de alma los honrados

sentimientos de Pedro Crespo, cuando contesta al Maestre de Campo sobre el deber en que se halla de aposentarlo.

Dice este último:

Sabeis que estais obligado
A sufrir, por ser quien sois,
Estas cargas.

CRESPO. Con mi hacienda

Pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios.

Con no menos espresion pinta el inspirado vate en los versos sucesivos el vehemente amor é impaciencia del capitan Don Alvaro:

En un dia el sol alumbra
Y falta; en un dia se trueca
Un reino todo; en un dia
Es edificio una peña;
En un dia una batalla
Pérdida y victoria ostenta;
En un dia tiene el mar
Calma y borrasca deshecha;
En un dia nace un hombre
Y muere. ¿Por qué no intenta
Amor lo mismo, si es dueño
De sentidos y potencias?

Pero Isabel, fiel guardadora de su honor, resiste y se opone con dignidad á la vez que trata de templar con prudencia la ardiente pasion del Capitan, diciéndole:

¿Qué esperanza os puedo dar?
¿Qué amor os puedo tener,
Si antes de haberme mirado
Sufrió caprichos injustos,

Y me habeis dado más sustos
Que letras me habeis hablado?
Y ¿cómo os importa nada,
Desdeñosa ni risueña,
Una humilde lugareña
A un tiempo vista y dejada?
¿Es que no sale marchando
Con placer un militar,
Sino deja en el lugar
Alguna muger llorando?
O así como el caminante
Sin que su dueño lo advierta,
Coje, al pasar por la huerta,
La fruta que está delante,
¿Vos imagináis acaso,
Señor Capitan, que son
Mi honra y mi corazón
Para cogidos al paso?
Pues ved que de esta victoria
No es tan plausible la palma,
Que Dios no reparte el alma
Conforme á la ejecutoria.

No es tampoco Calderon ageno al epigrama, y bien retrata
al intencionado Rebolledo, agente del Capitan, cuando dice:

. Ni un pollino;
Nada pudimos lograr.
Yo le dije á una muger
En su casa ¿no ha de haber
Burros en este lugar?
Yo que sí y ella que nó,
Estábamos disputando,
Cuando un burro rebuznando
La casa entera atronó.
«Escucha, dije, y sosten
Que aquí no hay burro escondido.»

Y ella dijo, «es mi marido
Que los imita muy bien.»

Si intentáramos hacer notar cuantas bellezas artísticas y elevados é ingeniosos pensamientos contiene este drama, sería forzoso reproducirlo íntegramente, pero escusa un juicio crítico mas prolijo el alto concepto que dentro como fuera de España ha merecido esa obra literaria, universalmente considerada como una de las mejores producciones del inmortal Calderon.

En ella resalta el sentimiento del honor expresado con la admirable propiedad y vivos colores dramáticos con que el fecundo númen de este esclarecido ingenio se demuestra en el protagonista del drama, al par que descuella la virtud acrisolada en la pudorosa Isabel, y rinde un justo tributo de respeto á la justicia que, vindicando la deshonra inferida, sanciona y hasta premia el inmediato castigo del culpable.

No puede, pues, ofrecerse leccion moral más provechosa, y aun cuando su autor la escribiera acomodándola al carácter y condiciones distintivas de aquella época, siempre vivirá con su laudabilísima tendencia; porque las violentas pasiones que victoriosamente combate son por desgracia de todos los tiempos, y solo la moral y la justicia pueden contenerlas, cuando los sentimientos que las alientan no se hallan inspirados en la generosidad y la nobleza.

Por eso Calderon, católico por excelencia y ante todo poeta español muy conocedor de su patria, presenta el corazon humano con sus pasiones y sus debilidades para contrarestarlas con saludables ejemplos, á la vez que proporciona la más conveniente enseñanza enalteciendo el honor y la virtud, cuyos elevados propósitos tanto distinguen todas sus obras literarias, siempre embellecidas con pensamientos sublimes nacidos al calor vivificante de su vigorosa fantasía; y por eso la de que nos ocupa brillará perennemente entre las más selectas del Teatro Calderoniano, contribuyendo á immortalizar el nombre de su ilustre autor, ya laureado con el augusto título de *Príncipe de los dramáticos*.

ANTONIO VAZQUEZ VELASCO.

AL INMORTAL POETA DRAMÁTICO

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

SONETO.

«Sueño solo es la vida,» un hombre exclama,
Y en toda la creacion su voz resuena,
Y su tumba inmortal de flores llena
Con dulces himnos la orgullosa Fama.
Gran Calderon, la fulgurante llama
De tu númen es sol de nuestra escena,
Poderoso huracan, brisa serena,
Nectar divino que el Eden derrama.
Pura y real osténtase tu gloria
Que hoy contempla extasiado el orbe entero
Al ceñirte el laurel de la victoria;
Mas si el honor del noble caballero
Es quizás vana imagen ilusoria
Vivir el sueño de tu númen quiero.

MANUEL FERNANDEZ RUANO.

A CALDERON DE LA BARCA.

Ráudo vuela el humano pensamiento
y veloz atraviesa las distancias,
abarcando del uno al otro polo
al estender sus impalpables alas.
Y lo mismo se eleva hasta el Empíreo
que baja de la tierra á las entrañas
y explorando los cielos, uno á uno,
hasta el trono de Dios llega en su audacia.
Si del ignoto piélago las sombras
la vida material de otra separan
y entre el *ser* y el no *ser* media un abismo,
que á su afan de explorar pone una valla;
salvando de la sima el ántro oscuro,
á romper el misterio audaz se lanza,
y se arroja en la vida de ultra-tumba,
arcano impenetrable á su mirada;
solo allí, limitando sus anhelos,
el humano saber su vuelo pára;
solo allí, donde el cuerpo se aniquila
y se derrumba la prision del alma.
Insensato es su afan! Delirio vano!
con la ciencia estender puede sus alas;
mas al llegar al sol, que con sus rayos
ciega los ojos, que mirarlo osáran,
sus alas derretidas, no sostienen,

y en su caer vertiginoso, arrastra
la hermosa antorcha que la Fé le brinda;
su luz brillante, en su caída apaga.
Sólo la Fé, que cual seguro guía
desde que el hombre nace le acompaña;
y al elevar sus ojos hasta el cielo
buscando donde moran los que acaban,
tras el azul y trasparente manto,
que con fúlgidos soles se engalana,
el término, á través del infinito,
entre albores le muestra la Esperanza.
Buscar yo quiero en su amoroso seno
la dulce paz, porque suspira el alma,
cuando se agota su raudal copioso,
y en insólitas ánsias se desgarran.
Quiero elevar mi espíritu anhelante,
no á buscar de los mundos las etapas,
no á buscar lo que muere y se aniquila
y que con saña fiera el tiempo acaba;
sino la luz de la verdad hermosa,
que iluminando la razon turbada,
alumbra de mi pecho los abismos
en donde triste el corazón naufraga.

.
.

Si al volar el espíritu al espacio
abandonando su terrena larva,
en un mundo, mansion de los que fueron,
tiene por siempre su eternal morada;
si entre el *ser* y el no *ser* median acaso,
los lazos de otra vida solidaria,
y la vida que falta al cuerpo frio
se concentra en el alma, que se escapa;
si la materia, libre de los lazos
que á la forma perdida la ligaban,

en su eterno girar, vuelve la vida,
á surgir de la muerte mas lozana;
y el *ser* y la esperanza y los afanes,
no son quimeras del azar esclavas
y al postrimer aliento no se extinguen
y detrás del morir no está la *nada*;
si hasta tí ¡oh Calderon! los ecos llegan
de pobre lira, que entusiasmo arranca,
con ellos van la emanacion mas pura,
los dulces sentimientos de mi alma.
Yo tu memoria enaltecer no intento
con estro pobre: Calderon, tu fama
es mar inmenso que la tierra ciñe,
mas una gota, su caudal no agranda.
Tus Manes, Calderon, siempre benignos,
el canto que en tu honor eleva España,
se presten á escuchar: ¡parco tributo!
¡á tu génio tal vez, memoria escasa!
De la Escena Española astro esplendente,
la marcastes la huella, que surcáran
tras de tu pátria, de las artes cuna,
émulas de tus glorias, las estrañas.
No es un sueño la vida: no soñaste
cuando del génio las candentes alas
acariciando tu inspirada frente,
en fecundos raudales la tornáran.
De allí brotaron, admirando al Mundo,
tu rica inspiracion siempre gallarda,
para la pátria escena, mil laureles,
con que tu frente engalanó la Fama.
Que no es sueño la vida, si del génio
al Empíreo en sus alas se levanta;
que no muere ni tornan sus eflúvios
al *Eterno Crear* de donde emanan.
No pasa los umbrales de la tumba;

que entre arreboles, al lucir el alba,
el sol, que con sus rayos ilumina
y de la noche la tristeza apaga,
aurora de esplendor, torna luciente,
cual meteoro, que su fuego abrasa,
á encender en la vida eterno fuego
en donde el tiempo su poder quebranta.
En el libro inmortal, donde la Historia
tu nombre esclarecido consignára,
allí, tú, Calderon, vivirás siempre,
mientras vivan las glorías de mi Pátria.

V. REYES Y CORRADI.

Córdoba 25 de Mayo de 1881.